

KAMIKAZE ESPACIAL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



KAMIKAZE ESPACIAL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

322 — *La amenaza murida* — A. Thorkent.

323 — *Larvas* — Adam Surray.

324 — *Antiplaneta* — Glenn Parrish.

325 — *El señor del fuego* — Clark Carrados.

326 — *¿Me das fuego, marciano?* — Joseph Berna.

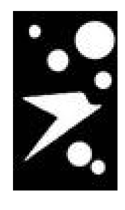
RALPH BARBY

KAMIKAZE ESPACIAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 327

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

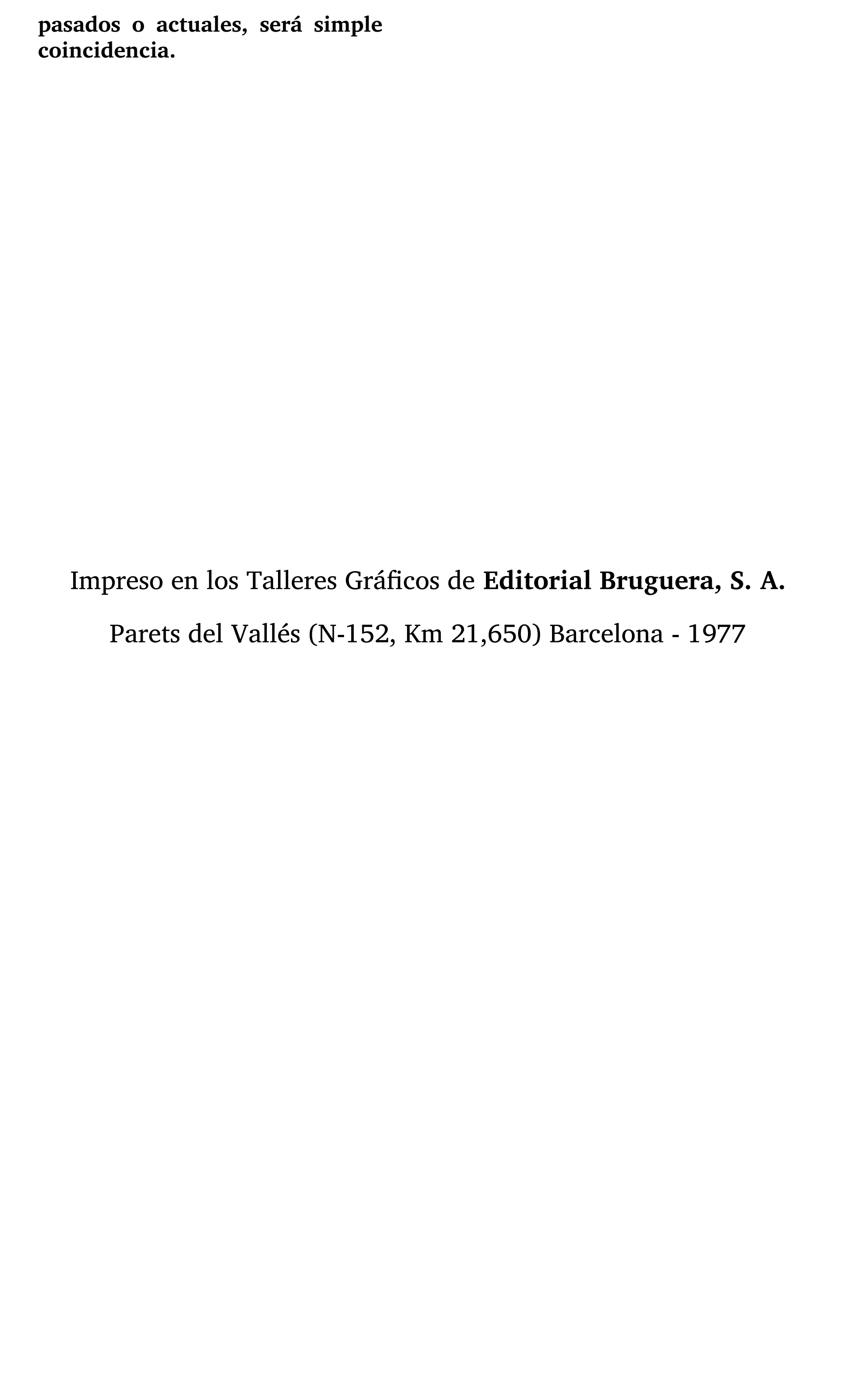
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 36.681 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: noviembre, 1976



pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Los relés entraron en funcionamiento. La orden del indestructible e inviolable cerebro electrónico Psy-Electric, había puesto en marcha el sistema automático de des-cryogenización de forma gradual.

Estaba previsto que el comandante de la Atrom Z-2002 despertado un tiempo prudencial antes que la tripulación para que pudiera hacerse cargo del gobierno de la más poderosa nave interestelar jamás ideada por el hombre.

Leo Shyman comenzó a tener sueños. Primero, unas imágenes inconcretas; después, los sueños se fueron coordinando.

El bombeo automático funcionaba a la perfección. El líquido oleico, al alcanzar una temperatura de veintisiete grados Celsius, se había hecho muy fluido dentro del sistema de riego sanguíneo del cuerpo humano y el bombeo comenzó a extraerlo mientras la sangre desplazaba a aquel líquido inerte que podía endurecerse pero no cristalizarse como le ocurría a la sangre, una sangre que, lentamente, regresaba al cuerpo al que pertenecía y del que había sido extraída automáticamente para que la cryogenización resultara perfecta y no se destruyeran células v venas con la cristalización de la sangre.

La mente del comandante de la nave no comenzó a actuar hasta que toda la sangre había vuelto a su cuerpo. El corazón, accionado por impacto eléctrico, ya latía por sí mismo, aunque a ritmo lento.

Al aumentar su temperatura y ritmo cardíaco, tuvo recuerdos de la niñez y luego, de la adolescencia.

Leo Shyman, mayor de graduación, perteneciente al cuerpo de la Milicia Astral y comandante de la Atrom Z-2002 pese a su juventud, tenía un coeficiente intelectual muy elevado y su salud física podía considerarse científicamente perfecta.

Cuando la temperatura de su organismo llegó a los treinta y cinco grados Celsius, Leo Shyman recordó que estaba a bordo de la Atrom Z-2002, y que su misión consistía en comprobar la fiabilidad de la nave, su potencia y radio de acción.

Debía viajar al Sistema Centauro, saliendo del Sistema Solar. Tenía varias misiones que cumplir. En realidad, ni siquiera al mismísimo mayor Leo Shyman se le había comunicado la motivación de aquel

top- secret en todo lo referente a la poderosa nave interestelar.

La Confederación Terrestre, unida en un senado universal, vivía sin grandes problemas, sólo con los pequeños y lógicos roces entre las distintas razas, políticas y religiones, que la simple policía confederada se encargaba de controlar.

Los ejércitos habían sido abolidos para dejar uno solo en el que todos los terrícolas, sin distinción de raza, sexo o religión, formaban parte y que se hallaba siempre dispuesto a abortar cualquier intento por parte de alguien o de algún grupo que deseara hacer renacer un ejército capaz de provocar problemas, problemas que parecían haber pasado a la historia hacía ya más de dos siglos, tras la desgraciada Tercera Guerra Mundial que había terminado sin vencedores ni vencidos y sí con remordimientos de conciencia por parte de todos los implicados y un juramento solemne y universal al unirse como hermanos de un solo planeta.

Todo aquello era ya historia, que Leo Shyman había aprendido en el colegio durante su infancia.

La última imagen que acudió a su mente fue la de él mismo, introducido en la cápsula de cryogenización y viendo a través del cristal el panel luminoso con las doscientas cincuenta diminutas luces.

Cada una de ellas representaba una cápsula de cryogenización. Leo Shyman, como comandante de la Atrom Z-2002, sería el último en quedar cryogenizado y el primero en despertar.

Por ello, no había cerrado los ojos hasta comprobar que todas las lucecitas rojas se habían transformado en verdes, lo que equivalía a decir que toda la tripulación estaba ya en sus cápsulas.

¿Cuánto tiempo había pasado? El mayor Shyman abrió los ojos por primera vez desde que los cerrara. Ignoraba el tiempo transcurrido.

Aquella cryogenización no había sido, según el plan, la definitiva en un largo viaje, si no de prueba, mientras la Atrom Z-2002 viajaba hasta Marte y regresaba, desplazándose en sentido contrario a la traslación del planeta Tierra para ir en busca de Marte, orbitarlo y luego regresar a la Tierra que volvería a aparecer en dirección contraria, tras girar alrededor del Sol.

Todo era un plan de rutina. La Confederación Terrestre tenía colonias científicas y mineras en la Luna, Venus, Marte y tres de los satélites de Júpiter. Shyman debía comprobar, operacional y prácticamente, si toda la teoría sobre aquella ultramoderna nave

interestelar, era exacta.

La tapa de *steel-glass*, totalmente transparente, se abrió dejándole libre.

Se sentía fatigado, como después de un sueño algo pesado, pero todo parecía funcionarle bien, ya que en el piloto verde que tenía junto a su cabeza se podía leer la palabra *free*.

La computadora le había sometido a un chequeo previo, con resultado satisfactorio.

Leo Shyman se hallaba apartado del resto de la tripulación. En realidad, dentro de su cabina tenía un relativo poder de mando. Desde allí, a través de su visor de telemando, podía controlar en parte el puente de mando de la nave.

Dio unos pasos cortos por la cabina. No era la primera vez que le cryogenizaban, pero siempre tenia aquel lento y no muy agradable despertar.

Se sentó frente al visor y controló el panel de lucecitas. Sabía bien que cada una de ellas representaba una vida. Era un miembro de la tripulación, mujer u hombre, a su cargo y bajo sus órdenes directas.

Leo Shyman era el comandante de la nave, con autoridad total de decisión. Sólo el Psy-Electronic tenía poderes casi parejos a los suyos, pues la computadora almacenaba en su memoria una cantidad de datos que el propio Leo Shyman ignoraba. El Psy-Electronic podía tomar decisiones, pero sólo hasta cierto punto. Quien gobernaba la nave era el cerebro humano y no el electrónico, inventado y alimentado por el del hombre.

Una de las lucecitas del panel estaba apagada, una entre doscientas cincuenta. Podía ocurrir que un piloto se hubiera fundido, mas ello resultaba poco probable. Los materiales eran de una fiabilidad no inferior a uno por un millón.

Tecleó en el mando de la computadora, frente al visor, inquiriendo sobre la luz apagada.

Obtuvo la respuesta de inmediato, oral y por escrito. La bocina parlante de la computadora imitaba una voz humana, a caballo entre la masculina y la femenina.

—Teniente Ateneas Pearson. Edad, veintisiete años. Sexo, femenino. Misión: control del almacén de datos...

Leo Shyman, ceñudo, cortó la voz de la computadora y a través del visor con poderes de telemando buscó la cápsula de la teniente Pearson que se hallaba en el pabellón de oficiales femeninos.

De inmediato, en pantalla apareció la cápsula de cryogenización, con su tapa abierta y rota en parte. Dentro no había ni rastro de la teniente.

Aquella desaparición resultaba tan extraña como sorprendente. ¿Qué habría sido de la teniente Pearson?

Pulsó el botón correspondiente para poder hacer preguntas orales a la Psy-Electronic y apareció la luz verde de control.

—Escucho.

—¿La teniente Ateneas Pearson se halla en su cápsula?

Leo Shyman hizo la pregunta a sabiendas de que la teniente no se hallaba en la cápsula, pues la estaba viendo vacía a través del visor, pero quería ver como respondía el cerebro electrónico y si había alguna merma en él.

—Negativo —respondió sin vacilar.

—¿Se halla a bordo de la nave la teniente Ateneas Pearson?

—Positivo.

—¿En qué lugar se halla?

—Negativo, negativo —contestó la voz impersonal de la computadora—. No hay signo de vida humana fuera de las cápsulas.

—Entonces, ¿cómo puedes responder positivo, si no se halla en su cápsula de cryogenización?

—El control de personal es detallado y exacto. La teniente Ateneas Pearson subió a bordo y no ha abandonado la nave.

Leo Shyman cortó la comunicación con la Psy-Electronic que le respondía perfectamente dentro de lo que le era factible.

Algo había ocurrido y debía averiguarlo. Leo Shyman temía lo peor.

Mientras, la pantalla que controlaba las cápsulas iba cambiando sus luces.

Las cápsulas se abrían y la tripulación despertaba de su gélido letargo que parecía haber sido perfecto salvo en el caso de la teniente Pearson.

Por la pantalla comenzó a ver cómo el personal abandonaba los pequeños pabellones y habitáculos. Se saludaban entre sí muchos de ellos, como reconociéndose tras una larga separación.

En pantalla quedaron dos oficiales femeninos. Eran de una estatura semejante e incluso sus líneas anatómicas eran muy parecidas.

Sus talles y caderas quedaban bien apretados y ajustados por el uniforme y sus pechos, altos y turgentes, resultaban agresivos y jóvenes. En lo que sí se diferenciaban era en el color de sus cabellos, una rubia y la otra morena, y en el de sus ojos, pues la primera los tenía azul celeste y la segunda, verde esmeralda.

Las dos mujeres eran muy hermosas. Por unos instantes, Leo Shyman se distrajo observándolas, sin que ellas pudieran verle a él. Hizo unos planos de aproximación para mejor escrutar sus rostros. Resultaba difícil recordar los nombres y características de todos los miembros de la tripulación; esa era misión del oficial de personal, pues Leo Shyman tenía ya bastantes problemas con el control general de la nave.

La visión de aquellos dos rostros tan bellos y que estaba seguro no eran los únicos dentro de la tripulación de la nave, le arrancó por unos momentos de la inquietud producida por la desaparición de una oficial de su cápsula de cryogenización.

Una luz roja, intermitente, se encendió en el puente de mando. Podía verla a través de una de las pantallas que tenía su hábitat, para siempre estar en contacto con el puente de gobierno.

Identificó inmediatamente al seguro y recio mayor Faulkner, segundo de a bordo.

Faulkner era un hombre tan alto como el propio Leo Shyman. Su piel era morena y su cabello, además de abundantísimo, negro como el azabache, mientras que el de Leo Shyman era castaño rojizo.

Se apreciaban como amigos y compañeros, y ambos se percataban de lo que valían respectivamente.

Las hojas de servicio de los dos estaban impecables, mas el mando había determinado que Leo Shyman tenía más facilidad para tomar decisiones en situaciones críticas y desesperadas, lo que equivalía a

decir don de mando y responsabilidad total.

En cambio, Faulkner era de una disciplina absoluta. Para él, el honor y la lógica eran el lema de su vida. No admitía bien las hipótesis; le gustaba trabajar con razonamientos que le llevaran a conclusiones concretas e irrefutables. Por ello, Faulkner se llevaba a la perfección con la Psy-Electronic.

—Mayor Faulkner —interpeló Shyman pulsando la tecla correspondiente para que su propia imagen apareciera en una de las pantallas del puente de mando de la nave interestelar.

—Comandante.

Se habían puesto en contacto. El instante era para volverse a saludar, para preguntarse muchas cosas, pero había un piloto intermitente en rojo que significaba alarma y se anteponía a cualquier diálogo trivial o emotivo.

—¿Qué ocurre, Faulkner?

—Comandante, recibo información de que ha sido hallado un cadáver en el almacén de memoria de la computadora.

—¿Un cadáver, se trata de la teniente Ateneas Pearson?

—Un momento, comandante, en seguida requiero información.

—Ordene que nadie entre en la sala de memoria hasta que se realice una investigación sobre lo ocurrido. No olvide que estamos en un viaje de prácticas y que ningún dato debe pasar desapercibido.

Leo Shyman permaneció expectante frente a la pantalla, a la espera de lo que le comunicara su segundo de a bordo. Al fin éste, tras obtener los datos solicitados, contestó:

—Comandante, exactamente se trata de la teniente Ateneas Pearson.

—¿Muerta?

—Sí, comandante, ningún signo de vida. No ha sido tocada, pero los sensores a distancia indican que su cerebro está muerto.

—Faulkner, hágase cargo del puente de mando. Envíe al doctor al almacén de datos y que nadie más aparezca por aquí. Ordene que cada cual ocupe su puesto y pase revista. Luego les hablaré como saludo de reencuentro.

—Quedo a la espera de sus órdenes, comandante.

Leo Shyman prefería un tuteo con su segundo de a bordo, pero éste era demasiado estricto y como tampoco concedía el tuteo a nadie, Shyman se veía obligado a mantener el usted con él también.

Abandonó la cabina, colocándose la guerrera con los rayos y estrellas que le identificaban como mayor y comandante de la nave.

Anduvo por un largo corredor, saludando a cuantos encontraba a su paso.

Se introdujo en un ascensor y descendió al vientre de la nave.

No tardó en arribar a la puerta que daba acceso al almacén de memoria del cerebro electrónico.

No era fácil pasar por allí. Sólo las personas cuyas tarjetas identificativas y personales poseían la numeración adecuada, controlada por la misma computadora, podían atravesar aquella puerta. De no ser así, se establecía un bloqueo doble.

La tarjeta identificativa que Leo Shyman exhibía en su pecho, al igual que los restantes miembros de la Atrom Z-2002, le daba vía libre a todos los rincones de la gigantesca nave.

Pasó al interior del almacén de memoria donde grandes anaqueles contenían los fidelísimos *cassettes* repletos de datos de los que se nutría la Psy-Electronic, pudiendo así gobernar automáticamente la nave.

Junto al cuerpo caído de la oficial, una mujer de apariencia hermosa, había dos vigilantes armados de la policía interior de la nave v el médico.

El doctor Narvoniev le miró directamente a los ojos. En su mano tenía un polisensor para chequear a distancia, sin tocar a las personas.

—Está muerta, comandante —dijo.

—¿Desde cuándo?

El galeno miró a los dos vigilantes y luego al comandante. Este, comprendiendo, ordenó:

—Ustedes dos, monten guardia en la puerta exterior.

Cuando los dos hombres armados salieron, dejándoles solos, el médico explicó:

—Murió antes de la cryogenización. La temperatura de toda la nave, cuando la tripulación se introduce en sus cápsulas de cryogenización, desciende a cuarenta grados bajo cero, mientras la cryogenización desciende muchísimo más.

—Ya conozco los detalles. Por favor, explíqueme un poco más aprisa, tengo mucho que hacer.

—La sangre de esta mujer se ha congelado y todo su sistema celular ha quedado destrozado; sin embargo, ha muerto por la falta del aire que la nave condensa en los depósitos, ya que nadie lo utiliza, pues toda la tripulación yace en sus respectivas cápsulas.

—¿Y qué explicación da a esta muerte, doctor?

—No ha recibido ningún golpe; ningún acto traumático ha sido perpetrado en su contra. Debió quedar fuera de su cápsula en el momento en que todos nos sometíamos al proceso de cryogenización. Se quedó sin atmósfera y, además, la temperatura descendió por debajo de lo que un cuerpo humano es capaz de soportar. Esto debió ocurrirle en breve espacio de tiempo.

—No lo comprendo. Antes de cryogenizarme comprobé que todos estaban en sus cápsulas.

—De alguna forma debió abandonar su cabina y venir hasta aquí. Quizá debió pensar que se había olvidado algo o existía algún error aquí dentro.

Miró las decenas de miles de *cassettes*, perfectamente ordenados.

—Un poco difícil averiguarlo, doctor. Lleve el cadáver a la enfermería y hágale la autopsia bajo mi responsabilidad. Averigüe el máximo de ella. El jefe de vigilantes hará una investigación sobre la cápsula abierta o, mejor dicho, violentada. Luego, ordenaré que se efectúe una revisión de este almacén de memoria.

—De acuerdo, comandante. Haré la autopsia, aunque a simple vista se nota cuáles han sido las causas de la muerte de la teniente.

—Quiero una investigación en profundidad. Esta muerte debe ser detallada minuciosamente para entregarla luego a la superioridad.

Con el rostro ceñudo, Leo Shyman se trasladó al puente de la gran nave en forma de herradura, con un nexo de unión entre sus dos brazos.

El puente de mando estaba situado en él centro de la nave y en el

punto más elevado de la misma. Por sus pantallas panorámicas se podía contemplar toda la nave.

En el puente de mando estaban los tripulantes que operaban allí.

Entre ellos se encontraban las dos tenientes que viera en pantalla, la rubia y la morena. El personal del puente de mando sumaba una docena, sin contar al vigilante armado que controlaba la puerta.

Todos ocupaban sus respectivos puestos, habiéndose desactivado ya el sistema automático.

Leo Shyman llegó al puente sin saludar a nadie y vio a su segundo, el mayor Faulkner, todavía más ceñudo que él.

Dedujo que algo más pasaba y que no era agradable precisamente.

—¿Qué sucede ahora, Faulkner?

—Comandante, ¿cuántas horas corresponden a la cryogenización de prácticas?

—Mil doscientas horas.

—Mire el reloj, comandante; por favor, mírelo bien.

Señaló el reloj digital, un reloj doble, pues unos números señalaban la hora oficial terrestre del punto cero, y los otros habían comenzado a marcar en el momento de la partida de la nave. Fue a estos guarismos hacia los cuales dirigió su mirada el mayor Leo Shyman, que no pudo por menos que parpadear, incrédulo.

—¿Nueve millones seiscientas mil horas? ¿Se ha averiado este cronógrafo?

—Me temo que no, comandante. Los otros relojes corresponden a esta cifra. No hemos dormido cincuenta días según el plan previsto, sino mil noventa y cinco años.

—¿Mil noventa y cinco años? No es posible, es inaudito. ¿Qué ha ocurrido?

—Nadie lo sabe por ahora, comandante, pero me temo que tenernos una papeleta muy difícil que resolver. En consecuencia, ya no debemos estar en la civilización de la que partimos y ni siquiera sabemos exactamente dónde estamos.

—Todo parecía tan perfecto, tan fiable y ahora esto… Es inaudito.

—Sí, todo era perfecto en teoría, pero la práctica ha sido distinta, aunque debe existir una explicación lógica, un razonamiento y debemos buscarlo.

—Naturalmente que sí. ¿La tripulación sabe algo?

—No.

—Pues deberé de dar una noticia, aunque sea breve, sobre lo ocurrido.

—Yo esperaría a tener algún dato —sugirió Faulkner—. Quizá se produzca el pánico y la histeria a bordo, comandante.

—Todos los que aquí estamos hemos sido escogidos. Somos gente seleccionadísima y muy preparada. En conciencia, debo informar sobre lo ocurrido; no obstante, hagamos antes las preguntas correspondientes a la computadora. Quiero los datos del itinerario que hemos realizado mientras nos hallábamos cryogenizados. Todo ha de estar grabado en la memoria de ruta.

El mayor Faulkner asintió con la cabeza.

La situación era tan absurda como peligrosa; sin embargo, él iba a seguir la rutina prevista en un caso semejante, pues todo, absolutamente todo, por estúpido que pareciera, había sido previsto antes de emprender aquel vuelo de prácticas que los había lanzado al desconocido futuro en el que se hallaban inmersos, para bien o para mal.

CAPITULO II

En el despacho privado del doctor Narvoniev, jefe máximo de medicina y salubridad de a bordo y miembro del consejo de la nave para casos extremos en que se debiera celebrar consulta, se hallaban el mayor Faulkner y el comandante de la nave, Leo Shyman.

Los tres hombres, muy distintos entre sí, estaban perfectamente preparados y seleccionados para llevar a cabo sus respectivas misiones.

—Fíjense en la pantalla. Les voy a pasar unas diapositivas, primero de células sanguíneas, después de células de tejido muscular humano y finalmente, de células cerebrales. Primero aparecerán por separado; luego por parejas para que se puedan ver comparativamente y al final, en la misma pantalla, podrán ver las seis diapositivas formando pares, las que deben ser iguales una encima de otra, formando así tres grupos de a dos. ¿Comprendido?

—Doctor Narvoniev, ¿no puede explicarse un poco más antes de proyectarnos esas diapositivas? La situación es grave. Ya ha oído lo que he dicho por los altavoces de la nave. Hemos sido desarraigados del pasado y lanzados al futuro, no podremos regresar al pasado jamás. Todos hemos perdido a nuestras familias, a nuestros seres queridos. Nuestro mundo se reduce ahora a la Atrom Z-2002.

—Comandante, creo que es importante que vean lo que he descubierto.

—¿Tiene que ver con lo que nos ocurre? —inquirió Faulkner.

—Sí.

—Pues, adelante —ordenó Leo Shyman.

El doctor Narvoniev pulsó unas teclas y aparecieron en pantalla las diapositivas de células humanas.

Primero, las sanguíneas, después las de tejido muscular y finalmente, las cerebrales.

En la segunda fase, pasaron por parejas y el doctor les hizo observar:

—Vean las diferencias. Son mucho más alargadas y con raras

protuberancias, semejantes a pilosidades.

En las siguientes células también resultaron evidentes las diferencias. Al final, frente a las seis diapositivas en pantalla, Leo Shyman preguntó:

—¿Qué significan estas diferencias? Soy el comandante de la nave, no un científico nato.

—En pocas palabras, comandante, esas células no son humanas o, para concretar más, no pertenecen a terrícolas como nosotros. Por ejemplo, el mayor Faulkner ha nacido de una generación afincada en la colonia de Marte. Se han producido ciertas mutaciones físicas e incluso psíquicas, pero sus células son exactas. Las modificaciones no han afectado a las células base de nuestra constitución, aunque hayan cambiado algunas formas exteriores e incluso órganos. Por consiguiente, esas células que hay en pantalla no pertenecen a ningún ser humano descendiente de terrícola.

—¿Y de dónde las han sacado? —inquirió el mayor Faulkner.

El doctor Narvoniev, que tenía algunos años más que los dos jóvenes mayores de la Milicia Astral, juntó las manos sobre su mesa de control y con gesto pesimista explicó:

—Comandante, usted me ordenó que hiciera una autopsia a fondo de la teniente Atenea Pearson, hallada muerta en circunstancias extrañas.

—Exacto.

Faulkner señaló la pantalla, preguntando:

—¿Tiene algo que ver eso que estamos viendo con la teniente muerta?

—Si, tengo su cadáver diseccionado, sigo investigando. El frigorífico me ayuda a conservarlo, pero puedo asegurarles que no era una terrícola. No pertenecía siquiera a nuestro sistema solar, es una alienígena.

El comandante y su segundo se miraron, muy ceñudos y preocupados.

El médico, siempre pesimista, prosiguió:

—No me pregunten cómo se ha introducido en la nave y cómo ha podido pasar los controles severísimos, es más, sólo a nivel celular se

ha podido determinar que es una extraterrestre o, para ser más exactos, una extrasolar.

—Entonces, eso explicaría un sabotaje a bordo —observó Leo Shyman.

—Es una hipótesis con el noventa por ciento de probabilidades de ser cierta —asintió Faulkner.

—Por el momento, no puedo proporcionarles más datos de los que ya les he dado ; seguiré investigando, pero sí puedo decirles y se lo estoy comunicando en privado, que la teniente hallada muerta era una alienígena que ha burlado los controles.

—Es mejor que la noticia del sabotaje no se propague por la nave. Ya es suficiente con haber perdido nuestro pasado y nuestro presente para introducimos en el futuro. Supongo que no ha caído nada bien, pero todos se hallaban preparados para una misión difícil. Estarán digiriendo todavía que ya no verán más a los suyos y también pensando en lo que les va a deparar el presente. Sólo faltaría añadir que nos hallamos en esta situación tan extraña debido a un sabotaje. Es mejor dejar que, por el momento, se crea que ha sido un error de la computadora. Sin embargo, hemos de comunicárselo al capitán González que, como jefe de seguridad de a bordo, llevará a cabo la investigación sobre lo ocurrido e intentará averiguar cómo y cuándo la teniente Ateneas Pearson se infiltró entre nosotros. Deberá averiguar si ella era la auténtica Ateneas Pearson desde un principio, o bien suplantó a la verdadera teniente, tomando su personalidad. «Doc», todos los datos que pueda averiguar sobre ese cadáver que está en su poder, van a ser muy valiosos para compararlos con las fichas personales de la tripulación.

—De acuerdo, comandante. Llevaré adelante esa investigación meticulosamente, pero me creía en la obligación de notificarle, y con pruebas irrefutables, que la mujer hallada muerta era una alienígena.

—Ha hecho usted un trabajo perfecto, doctor, siga adelante, pero ni una palabra a nadie excepto al mayor Faulkner, al capitán González, con el que yo mantendré una conversación, y por supuesto, yo mismo.

—De acuerdo, autopsia *top-secret*. No se darán cuenta de lo que ocurre, ni siquiera mis ayudantes.

—Eso espero —dijo Leo Shyman, levantándose de la aséptica butaca.

Leo Shyman y el mayor Faulkner salieron de la enfermería. Este último, preguntó:

—¿Piensa consultar a la computadora, comandante?

—Este caso es para que lo resolvamos los humanos; la computadora nos dará datos, eso es todo.

—Pero, podemos pedirle un cálculo de posibilidades sobre nuestra situación —insistió Faulkner, que tenía una fe ciega en los cerebros electrónicos.

—El sabotaje ha sido simple. En el almacén de datos debieron sustituir un *cassette* por otro, cambiando así nuestro itinerario y el tiempo de cryogenización.

Faulkner aceptó.

—El cerebro electrónico tiene un sistema de autodefensa que lo convierte en indestructible. Es autónomo en cuanto a energía, por lo que un sabotaje contra él, tratando de destruirlo, era prácticamente imposible. Además, el Psy-Electronic posee facultades a través de todos los sistemas automáticos de conservación, mantenimiento y urgencias; podía resolver cualquier problema de sabotaje a la nave, aislando compartimientos o tomando otras medidas. El sistema automático debe funcionar a la perfección.

Leo Shymon, sin dejar de caminar, llegó a la conclusión:

—Lo más fácil para sabotearnos, sin que el cerebro electrónico detectara el sabotaje y actuara con su sistema de autodefensa, era cambiar el plan de vuelo. Como el cerebro electrónico sigue las órdenes que se le dan, para él ya era buena toda la información que recibió con el *cassette* que fue colocado en lugar del que debía llevar originalmente. Todo muy sencillo.

—Pero le costó la vida a la saboteadora —objetó Faulkner.

—En realidad, conocía muy bien todo el sistema dé funcionamiento de la nave. Dejó que su cápsula de cryogenización entrara en funcionamiento y la rompió. Salió de ella, al parecer va en una situación crítica, pero consiguió llegar al almacén de memoria al que tenía acceso por su placa personal e identificativa. Hizo el cambio y luego, ya sin aire y con el frío, sucumbió hasta la muerte. Esa falta de oxígeno y la baja temperatura que ha reinado en toda la nave durante esos nueve millones de horas largas, ha hecho que su cuerpo se conservara incorrupto.

—Pero, ¿por qué cambiar nuestro plan de vuelo y enviarnos al futuro? —preguntó Faulkner.

—Creo que la clave radica en que, fueran quienes fuesen esos alienígenas, comprendieron el poder y la autonomía de la Atrom Z-2002. Como les podía resultar imposible destruirla, con el cambiazo nos enviaron al futuro, que era lo mismo que quitarnos de en medio, dejándoles el campo libre para sus actividades. Se libraron de nosotros con ese simple cambio y el sacrificio de la vida de uno de ellos.

—¿De sólo uno de ellos? —inquirió Faulkner—. Si ha entrado una alienígena, han podido entrar más, ¿no le parece? Según el cálculo de posibilidades...

—No siga, Faulkner, no es necesario. Su razonamiento es válido, puede haber más alienígenas a bordo, pero no podemos dar la alarma, porque si hay alguno más, se pondría en guardia de inmediato. Es posible que si existe alguno más, piense que el objetivo fue cumplido en su momento.

—Pero, pueden intentar un nuevo sabotaje, existe esa probabilidad.

—De acuerdo, existe.

—¿Y qué medidas piensa tomar?

—Una muy sencilla. Después de tantos millones de horas de cryogenización, se impone un chequeo rutinario, al que no hay que dar la más mínima trascendencia. Si hay algún otro alienígena a bordo, un análisis celular, por simple fotoscopia, nos dirá si tenemos más extraños.

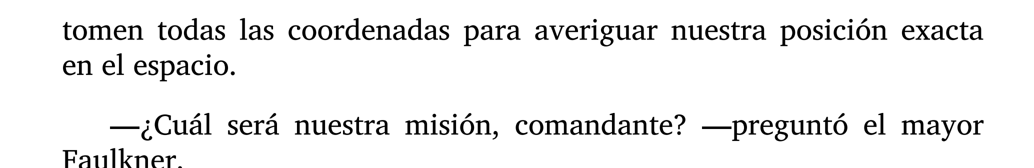
—Una medida correcta, comandante... Ahí viene el capitán González.

El capitán González era un varón de raza negra, alto, fornido, con un aire inteligente y a la vez inquisitivo. Su casco tenía una pequeña visera blanca que casi montaba sobre sus arcos superciliares.

—Capitán González, tengo que hablar con usted —le interpeló Leo Shyman—. Es algo urgente y muy importante.

—¿Referente al cadáver hallado o respecto a los nueve millones de horas transcurridas, señor?

—Todo tiene una conexión entre sí. —Se volvió hacia Faulkner y dijo—: Puede ir al puente de mando, allí me reuniré con usted. Que se


tomen todas las coordenadas para averiguar nuestra posición exacta en el espacio.

—¿Cuál será nuestra misión, comandante? —preguntó el mayor Faulkner.

—Regresar al planeta Tierra por todos los medios a nuestro alcance.

—Entendido —asintió el mayor. Le agradó aquella orden tan concreta dada por su superior.

Cuando Faulkner se alejó, quedaron solos en el corredor Leo Shyman y el capitán González, jefe de seguridad a bordo.

—Capitán, tengo que comunicarle una grave noticia.

—Soy todo oídos, mi comandante. ¿Corre peligro la nave?

—Hemos sido saboteados v existen posibilidades de que volvamos a serlo, pero de esto, ni una palabra a nadie. Tiene que llevar a cabo una investigación minuciosa sobre la fallecida teniente Ateneas Pearson.

—¿Fue ella la saboteadora?

—Sí.

Enarcando las cejas bajo la visera blanca, el negro González preguntó:

—¿Y qué sin perseguía saboteando esta nave, acaso era una psicópata incontrolada?

—Peor que eso, capitán,

—¿Peor?

—Sí, era una alienígena.

—De modo que era eso…

Por la forma en que respondió González, el comandante Shyman se lo quedó mirando intrigado.

—¿Sabía o intuía algo?

—Bueno, como miembro de las fuerzas de seguridad, había oído algunos oscuros comentarios de que en el planeta Tierra se habían infiltrado alienígenas que habían sido detectados sólo en parte. No se

sabía cómo habían llegado ni cuáles eran sus propósitos. Algunos calificaron de bulos esas noticias, pero yo siempre supuse que eran ciertas. Había seres extraños conviviendo con nosotros los terrícolas, pero se hacía difícil, casi imposible, identificarlos.

—Ahora es ya una certeza. Uno de esos seres logró introducirse en nuestra nave y sabotearla, enviándola al futuro para que dejara de constituir un peligro para ellos o para un hipotético invasor que ahora ignoramos si llevó a cabo o no el plan que pudiera tener.

—Si eso llegó a ocurrir en el pasado, ¿qué encontraremos en la Tierra a nuestro regreso?

La pregunta quedó en el aire.

Nadie podía vaticinar nada respecto a lo que iban a hallar tras un milenio. Según el registro de vuelo, había sido un viaje elíptico que les había llevado al Sistema Centauro, retornando al Sistema Solar, mas ¿qué habría sucedido mientras en el planeta Tierra?

¿Podrían haberse salido con sus propósitos de invasión los extraños alienígenas que astutamente habían conseguido infiltrarse entre los terrícolas?

CAPITULO III

Gracias al gran poder de propulsión de la Atrom- Z-2002, la cual poseía un combustible metal-mesónico que proporcionaba energía total a la nave, convirtiéndola en autónoma por tiempo prácticamente indefinido mientras no hubiera fugas en el sistema energético y propulsivo, les fue fácil colocarse en una órbita artificial de cien mil kilómetros alrededor del planeta Tierra.

El comandante Shyman había considerado peligroso buscar una órbita natural y más cercana al planeta, una órbita entre doscientos y mil kilómetros. Habrían podido ser descubiertos a simple vista durante la noche.

Situados a cien mil kilómetros de la Tierra, resultaba difícil que los descubrieran e incluso, si enviaban algún misil para destruirlos, a aquella distancia tendrían tiempo para aniquilarlo en su trayectoria o esquivarlo.

Las cámaras de observación, en las diferentes gamas de rayos y sonidos, escrutaban y medían el planeta Tierra, computando y comparando datos.

Tenían también la potente telecámara que les ofrecía en una pantalla tridimensional a color todo aquello que la cámara captaba del planeta Tierra.

El propio Leo Shyman controlaba aquella cámara con un mando, pudiendo alejar o aproximar la imagen a voluntad, de tal forma que cualquier detalle que se deseara observar con mucha atención, se ampliaba en pantalla hasta permitir ver una flor en una pradera y contar sus pétalos sin dificultad.

Mientras la Psy-Electronic computaba datos, el concejo de la Atrom-Z-2002, constituido por los respectivos jefes de cada sección y cuyo presidente era el propio comandante, permanecían frente a la pantalla que escrutaba la superficie de la Tierra.

Todos observaban muy perplejos lo que la pantalla les proporcionaba.

Leo Shyman dejó que la cámara se paseara por regiones enteras, sin buscar pequeños detalles. Llevaban dos horas sin despegar sus ojos de la pantalla, tratando de reconocer su planeta.

—Compañeros, ¿qué les parece lo que estamos viendo? —inquirió Shyman en voz alta, sin dirigir la pregunta a nadie concretamente.

En el consejo participaba Ice Skin, la bella rubia de ojos azul claro, como sociologa y comisionada del ocio y el deporte a bordo. Este último era obligatorio en ciclos, para poder mantener el cuerpo en forma.

Sara Henker también formaba parte, del consejo como biologa, etnóloga y ecóloga. No faltaban el doctor Narvoniev, el capitán González, el mayor Faulkner y los capitanes Vincente y Borj. El primero controlaba todas las transmisiones internas y externas y el segundo era jefe de energía y dinámica total.

Fue el mayor Faulkner quien dio la primera respuesta.

—Es obvio que el planeta Tierra se ha mutado en lo que paradójicamente podríamos llamar evolución regresiva.

El capitán González, desde su butaca, opinó:

—Si no tuviéramos datos ciertos de que nos hallamos en el Sistema Solar y de que, efectivamente, según todos los cálculos, el planeta que estamos observando es la Tierra, yo diría que nos hallamos en un planeta que se parece a la Tierra, pero que no es la Tierra, por lo menos, no la que nosotros pateamos y disculpen la vulgaridad.

Sara Henker, de ojos de color verde intenso, opinó en tono de pregunta:

—¿Por qué no vemos las ciudades en que vivimos? Hasta ahora no hemos descubierto signos de civilización avanzada, es decir, de nuestra civilización.

—No olvidemos que ha pasado más de un milenio —puntualizó el doctor Narvoniev—. En un plazo semejante, pueden producirse muchas evoluciones y mutaciones naturales.

—En mil años, nuestro planeta no cambió tanto, según la Historia —objetó la bella Ice Kin—. Podemos consultar a la computadora y nos demostrará que así es. Que ciudades con dos milenos de vida no sólo se conservaban perfectamente, si no que habían evolucionado a más. Ahora, no vemos nada. Tenemos ante nosotros un planeta natural sin signos de civilización, un planeta que es, en sí mismo, un auténtico santuario de vida natural en flora y fauna. Mi opinión es que toda esta evolución regresiva, como la ha calificado el mayor Faulkner, no ha sido natural, si no provocada.

—¿Provocada por quién? —interrogó el capitán Borj—. ¿Quién ha podido hacer desaparecer de nuestro planeta ocho mil millones de almas terrícolas?

—No sólo en el planeta Tierra. He intentado establecer contacto con las colonias de Marte, la Luna, Venus y los satélites jupiterianos, y no ha habido respuesta. La llamada cae en el más absoluto de los vacíos —observó el capitán Vincente, jefe de transmisiones.

—Es evidente que ha habido un suceso, que todavía no podemos calificar ni clasificar, que ha barrido a la humanidad terrícola del planeta; sin embargo, la Tierra no parece invadida por ninguna otra civilización extraña. Aparentemente no hay seres de vida inteligente. Nuestras ciudades han sido borradas de sus lugares de ubicación, de tal forma que no se ven ni sus cimientos. Todo esto, forzosamente, han tenido que lograrlo seres muy poderosos e inteligentes. Barrer unas macrópolis como Nueva York, Londres, Moscú o Tokio, no es tarea fácil —fue comentando Leo Shyman—. Si unos seres extraños han hecho desaparecer nuestra civilización, habrá sido por algún motivo. El planeta Tierra se nos ofrece ahora, a simple vista, como diez o quince mil años antes de nuestra civilización.

—Después de multiplicar por diez esta primera y exhaustiva información sobre el planeta, opino que deberíamos sobrevolarlo en su atmósfera y descender en varios puntos. La telecámara nos proporciona detalles mínimos con la máxima perfección, pero hay un sin fin de pequeñas cosas que sólo captaremos pisando la Tierra nosotros mismos. Naturalmente, los sensores de a bordo pueden ayudar a escoger los puntos de aterrizaje más adecuados, y manteniendo contacto con la Atrom, los que aterricen podrán seguir recibiendo información y se moverán con más soltura y seguridad.

—Lo que dice el doctor Narvoniev es cierto —admitió el mayor Faulkner—, pero hemos de asegurarnos muy bien antes de pisar la Tierra. Para nosotros es ahora un planeta extraño y podemos caer en una trampa.

—Es lógico que el mayor Faulkner exija seguridad y desee tomar el máximo de precauciones, pero yo también opino que hay que pisar la Tierra —dijo la teniente Sara Henker—. He observado que lo que para nosotros fue el Sahara, es ahora una gran extensión de praderas y bosques; Centro Europa aparece como una vastísima zona de ciénagas con nieblas persistentes, y el mar Mediterráneo es ahora un lago, pues ha quedado cerrado por el estrecho de Gibraltar; sin embargo, se ha abierto una especie de canal natural al sur de la península Ibérica que podría ser un nuevo desaguadero del Mediterráneo. De los tres canales

de Panamá, no hay ni rastro y el canal de Suez ha tomado forma de lago alargado.

—Los detalles geofísicos y oceanográficos nos los proporcionarán los sensores de la computadora. En breve plazo tendremos todos los mapas y datos necesarios —dijo Faulkner—. Creo que desde la nave lo podremos observar todo; clasificaremos la flora y la fauna y veremos la cantidad de seres que conforman cada una de las especies.

—Yo también creo que lo mejor es enviar una expedición a la superficie de la Tierra, pero con hombres armados por si hay algún peligro. Al fin y al cabo, tenemos el derecho del ataque y la defensa armadas, puesto que ese planeta nos pertenece. Es nuestra madre la Tierra —dijo el capitán González.

—Si no hay opiniones en contra, formaremos un equipo expedicionario que descenderá a la Tierra y que será protegido desde la Atrom Z-2002.

Todos miraron interrogantes al comandante de la nave. Cada uno de ellos, aunque no lo hubiera expuesto aún de viva voz, ansiaba ser tino de los componentes de la expedición que debía regresar al planeta Tierra, mutado en aquella evolución que el mayor Faulkner había dado en llamar regresiva. Nadie pensaba en los peligros.

Todos eran conscientes de que habían pasado más de mil años sumidos en aquella muerte aparente, en aquel sueño helado y sin sangre, carente de onirismo. Ansiaban pisar la tierra, sentirla bajo sus plantas. Necesitaban aquella sensación física para darse cuenta de que no estaban desarraigados, que todavía pertenecían a un planeta y no eran una comunidad errante por los espacios, sin meta ni destino.

CAPITULO IV

Armados sólo con pistolas bivalentes de infrarrojos y disparos ultrasónicos, se introdujeron en la pequeña nave que guiaba el propio comandante Leo Shyman.

La nave, que había dormido también un milenio en el hangar intestinal de la Atrom Z-2002, estaba preparada para volver en cualquier atmósfera y bajo cualquier presión, siempre que no sobrepasase una viscosidad determinada.

Podía volar a ras de suelo, salir de la estratosfera y descender en vertical sin temor a desintegrarse con el roce del aire, y penetrar en las profundidades marinas hasta los diez mil metros bajo el nivel del mar.

Dentro de la pequeña nave, además del propio comandante Shyman, viajaban la biologa Sara Henker, un ayudante de ésta para recoger muestras, también de minerales que debería entregar a otro departamento, y el alto y fornido negro, jefe de vigilantes.

Habían cruzado la ionosfera terrestre y penetrado en la estratosfera primero y en la troposfera después, descendiendo hasta quedar a sólo cien metros de la superficie de los océanos.

Volaron sobre ellos a velocidad decasónica, reducida para las posibilidades de la pequeña nave, pero suficiente para pasar por encima de la Tierra con toda rapidez.

—¿Qué espera encontrar, comandante? —preguntó el capitán González.

—Vida, creo que buscamos vida.

—Vida es obvio que la hay y en abundancia —puntualizó la bella biologa de cabellos negros.

Sus ojos verdes, en ocasiones, se clavaban en la pantalla visora donde aparecían detalles de lo que sobrevolaban; luego se desviaban hacia las ventanas de *steel-glass*.

—Me refiero a vida civilizada como la nuestra, no a nivel simplemente biológico.

Shyman dejó atrás el océano y se metió hacia el interior de tierra

firme, por el cauce del río Amazonas que no parecía haber cambiado nada. A ambos lados del mismo, la lujuriosa y verde Amazonia.

—Podíamos haber visto los detalles desde la propia Atrom —objetó el capitán González mientras el ayudante encargado de las transmisiones permanecía callado, sin hacer observación alguna.

De pronto:

—Atención, comandante, atención, nos llaman desde la Atrom.

—¿Qué sucede?

—Dicen que hay algo interesante.

—Abra canal visor para mensaje Atrom —ordenó el comandante.

En pantalla apareció la imagen del mayor Faulkner, de cabello negro, ojos oscuros y rostro impenetrable, seguro de sí mismo.

—Comandante.

—¿Qué tal, Faulkner? ¿Han descubierto algo interesante?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Prefiero que lo vea usted mismo.

Todos miraron hacia la pantalla. El rostro de Faulkner se borró y en su lugar apareció la visión de un lugar agreste entre árboles, arbustos, rocas y con un río cerca. Semejaba una filmación muy bella de lo que era la naturaleza salvaje.

La imagen se aproximó y pudieron ver seres.

—¡Diablos, son humanos! —exclamó Shyman espontáneo.

El capitán González puntualizó:

—Sí, pero parecen primitivos.

—Y tan primitivos. No usan ropa alguna, ni siquiera llevan armas.

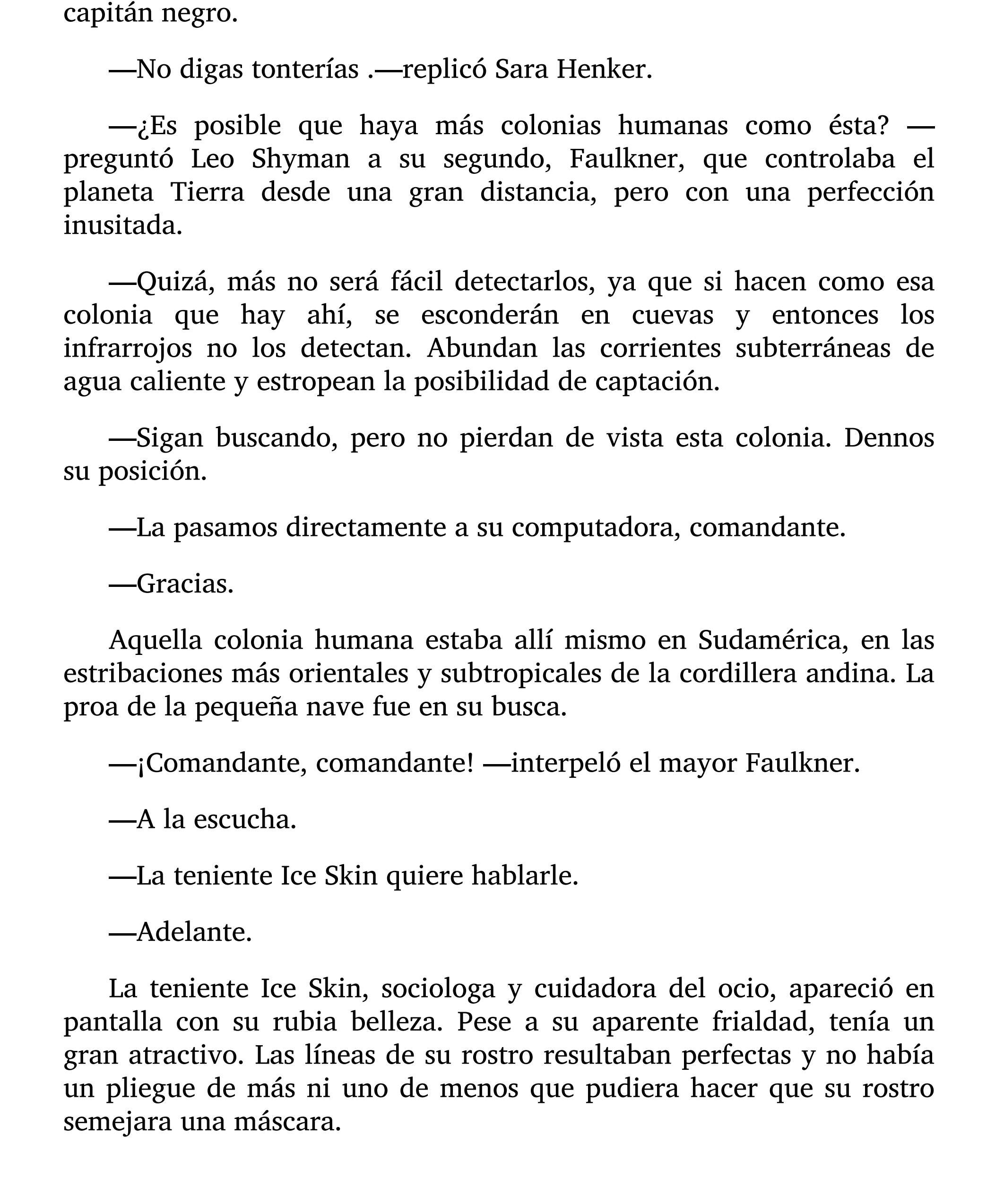
—Es cierto. Parecen seres muy primitivos, como si no conocieran todavía la cultura litica —opinó pensativo Leo Shyman.

La voz de Faulkner se dejó oír por encima de las imágenes, ahora más concretas. Hombres, mujeres y niños se podían ver más próximos,

sin que ellos supieran que estaban siendo observados.

—¿Qué le parece, comandante?

—Muy interesante.



—Hemos localizado una colonia de seres humanos. Su raza es blanca, pero entre ellos, mezclados, hay algunos seres de otras razas.

—Mientras no los hayan convertido en esclavos —ironizó el capitán negro.

—No digas tonterías .—replicó Sara Henker.

—¿Es posible que haya más colonias humanas como ésta? —preguntó Leo Shyman a su segundo, Faulkner, que controlaba el planeta Tierra desde una gran distancia, pero con una perfección inusitada.

—Quizá, más no será fácil detectarlos, ya que si hacen como esa colonia que hay ahí, se esconderán en cuevas y entonces los infrarrojos no los detectan. Abundan las corrientes subterráneas de agua caliente y estropean la posibilidad de captación.

—Sigan buscando, pero no pierdan de vista esta colonia. Dennos su posición.

—La pasamos directamente a su computadora, comandante.

—Gracias.

Aquella colonia humana estaba allí mismo en Sudamérica, en las estribaciones más orientales y subtropicales de la cordillera andina. La proa de la pequeña nave fue en su busca.

—¡Comandante, comandante! —interpeló el mayor Faulkner.

—A la escucha.

—La teniente Ice Skin quiere hablarle.

—Adelante.

La teniente Ice Skin, sociologa y cuidadora del ocio, apareció en pantalla con su rubia belleza. Pese a su aparente frialdad, tenía un gran atractivo. Las líneas de su rostro resultaban perfectas y no había un pliegue de más ni uno de menos que pudiera hacer que su rostro semejara una máscara.

—¡Comandante!

—Diga, teniente Skin.

Leo Shyman hablaba a todos con una cortesía un tanto fría y cortante, especialmente con las mujeres de su tripulación.

Se daba cuenta de su enorme responsabilidad. El extraño sabotaje le había convertido en el jefe máximo de una colonia errante de terrícolas civilizados que buscaban casi pavorosamente su pasado, aunque no quisieran admitirlo.

—Esos seres, por su forma de comportarse y los útiles que manejan, que no llegan más allá de simples palos afilados y piedras sin pulir, es decir, que no tienen una verdadera civilización litica, culturalmente podría decirse que están en el punto cero de nuestra civilización.

—Sí, eso ya lo he observado.

—Comandante, el problema es que si aparecen ante ellos con la nave y aterrizan, sorprendiéndoles, causarán el pánico y no habrá posibilidad de acercamiento. Se convertirán en sus enemigos.

—Sí, eso es cierto.

—Comandante, esos seres primitivos se comportarán más o menos como una colonia de antropoides, de chimpancés salvajes, por ejemplo.

—Por su aspecto no parecen chimpancés, ni siquiera seres primitivos —objetó el capitán González.

A través de la pantalla, Ice Skin puntualizó:

—Es que no lo son.

Sonó de nuevo la voz de Faulkner, indicando:

—Han sido medidos el peso, volumen y capacidad de sus cráneos y son idénticos a los nuestros.

—De acuerdo. Tomaremos tierra antes de llegar a sus cuevas y nos acercaremos a pie.

—No obstante, tengan cuidado. Pueden ser recibidos con una lluvia de piedras y podrían lapidarlos. Si llevan algunos siglos en ese estado primitivo por causa de alguna regresión, su puntería con las piedras habrá de ser mortífera.

—Lo tendremos en cuenta, teniente Skin, lo tendremos en cuenta.

Aterrizaron en un claro próximo a una arboleda, a unos diez minutos de camino a pie de donde se levantaba la montaña rocosa en que anidaban aquellos seres que siendo igual que ellos, se habían tornado primitivos por alguna causa desconocida.

Leo Shyman encargó al ayudante de la biólogo que se hiciera cargo de la nave y descendieron de ella la mujer y los dos hombres, uno negro y otro blanco.

Miraron en derredor. Antes de echar a andar, el capitán González preguntó:

—¿Tiene las pistolas listas?

—¿Teme que nos ataquen?

A la pregunta de la teniente Sara Henker, el capitán González sonrió intencionadamente. Había un mucho de afirmativo en aquella sonrisa y Leo Shyman sentenció:

—Es posible que sí nos ataquen. Para ellos seremos extraños.

—Ya, algo así como tres hormiguitas perdidas metiéndose en un nidal que no les pertenece. ¿Sabe usted, teniente Henker, lo que les ocurriría a esas tres hormiguitas por un error semejante?

—Perfectamente. Serían muertas y devoradas.

—Exacto. Esperemos que a nosotros no nos ocurra lo mismo y que esos seres que hemos descubierto y que tanto se parecen a nosotros, además de primitivos no sean caníbales.

—Dejemos de hablar y vayamos a su encuentro —dijo Shyman. Oprimió un botón de su cinturón, en el que llevaba su aparato de comunicaciones—. Atención, atención, cabo Sueiro... ¿Se me escucha?

—Sí, comandante, se le oye perfectamente —respondió el cabo que había quedado a bordo de la pequeña nave mientras los tres expedicionarios seguían adelante a pie.

—Correcto. Si sucede algo, háganoslo saber de inmediato. Si recibe noticias de la Atrom Z-2002, comuníquese con nosotros y si lo juzga oportuno, pásenos la comunicación directa.

—Comprendido, comandante.

Mientras avanzaban por la densa y lujuriante vegetación, tanto


baja como de arboleda, pues apenas podía verse el cielo, la biologa observó:

—La vegetación no parece haber variado de la que corresponde a esta latitud y a la temperatura en que nos hallamos.

—Sin embargo, hay transformaciones profundas —objetó el capitán González.

—Es cierto, no ha quedado ni rastro de las ciudades. Es como si el ciclo de la vida terrestre hubiera comenzado de nuevo.

—Supongo que quedarán reliquias para futuros arqueólogos —le observó el capitán González—. Siempre queda algo, aunque ese algo no se llegue a descubrir hasta el paso de los milenios.

—Esos seres que hemos visto, ¿serán como refugiados? —inquirió la teniente Henker sin que nadie pudiera darle una respuesta cierta.

Llegaron junto a la margen de un gran río cuyas aguas, al deslizarse, apenas producían rumor.

Algunos árboles arqueaban sus ramas hasta hundir las hojas en el agua. Allí abundaban los insectos y pequeños animales.

Ante ellos se abrió un camino entre árboles que, por su abundancia, casi formaban una muralla infranqueable. El sendero se veía amplio y con abundante vegetación pequeña. Aquella hierba estaba muy lejos de parecerse a un césped bien cuidado.

Escucharon voces humanas, en una gama muy corta de sonidos que debían constituir palabras. Los tres se detuvieron un instante en su avance hacia las cuevas de la montaña que tenían delante. Se miraron.

—Ya los tenemos ahí —gruñó González.

Sara opinó:

—Es posible que nos hayan visto.

—Sí, teniente, es muy posible que nos hayan visto porque tendrán vigías. Es una costumbre que tienen hasta las focas en el mar cuando juegan o van en comunidad. Apostan centinelas que dan la voz de alarma cuando aparece un extraño que pueda constituirse en peligro para ellas.

—Lo sabía, comandante.

De pronto, el camino se ensanchó y los árboles quedaron más separados.

Frente a ellos había hombres, mujeres y niños. Estos últimos, al verles, corrieron a guarecerse dentro de las cuevas.

Las mujeres, la mayoría de ellas hermosas y esbeltas por aquella vida que daba elasticidad a sus cuerpos, se protegieron tras las rocas por si eran atacadas.

Un grupo de hombres, que portaban palos burdos, sin descortezar siquiera, formaron un frente ante ellos, a una treintena de pasos. Gruñeron entre sí, comunicándose.

La mayoría eran barbudos y llevaban los pelos de la cabeza muy largos. Al igual que los restantes miembros de la comunidad, iban totalmente desnudos, pero no se podían confundir con simples antropoides. Eran terrícolas normales y corrientes, abandonados o perdidos en alguna parte.

—¡Escuchadnos, escuchadnos, somos terrícolas como vosotros! —gritó Leo Shyman, levantando su mano derecha.

Aquellos seres primitivos se agacharon para recoger piedras que estaban como hundidas entre la espesa hierba. Golpearon los palos con aquellas piedras, gruñeron primero y aullaron después.

Al final, una lluvia de piedras voló hacia los recién llegados. Acababan de ser considerados como enemigos de muerte.

CAPITULO V

—¡Atrás, atrás! —pidió el comandante Shyman.

Las piedras no eran pequeñas precisamente y aquellos hombres las lanzaban con una fuerza endiablada.

El capitán González, antes de que Leo Shyman pudiera impedírselo, había desenfundado su pistola y poniendo el resorte mixto de la misma, hizo disparos consecutivos de infrarrojos y ultrasónicos.

Dos árboles quedaron carbonizados, como atacados por el rayo, y dos rocas saltaron hechas pedazos.

—¡Capitán González, no mate a nadie!

—No tema, comandante, sólo he querido demostrarles que estamos armados.

La demostración de fuerza tuvo su efectividad. Aquellos guerreros primitivos, de cráneos completamente evolucionados, lo que indicaba que no descendían de unos seres primitivos, sino de hombres ya evolucionados y civilizados, les arrojaron hasta palos mientras echaban a correr para guarecerse en las cuevas, huyendo del peligro del rayo y el trueno que les había aterrorizado.

Tras ocultarse, se produjo un intenso silencio.

—Se han puesto a la defensiva —observó Sara Henker, escrutando las rocas con sus maravillados ojos verdes.

—¡González!

—Sí, comandante.

—Guarde su pistola. Hemos de hacerles comprender que venimos en son de paz.

—Lo que usted diga, comandante, pero me temo que va a resultar bastante difícil convencerles de que somos sus amigos y entendernos con ellos. No tendrán más allá de cien gruñidos diferentes y deben ser incapaces de comprender ciertas teorías sobre pactos y amistades.

—Si son como nosotros, pueden llegar a comprendernos, aunque su lenguaje actual sea limitado.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

A la pregunta de Sara Henker, Leo Shyman respondió sin vacilar, señalando hacia las cuevas.

—Seguir adelante.

—Si nos metemos ahí dentro, seremos merendados, comandante —advirtió el capitán González, observando las rocas y las cabezas que entreasomaban por ellas, con recelo pero sin miedo.

—Es un riesgo que habremos de correr, González. Si tiene miedo, puede regresar a la nave.

--Comandante, no creo que haya sido su intención llamarme cobarde, ¿verdad?

—En absoluto.

—Pues, adelante.

Sara Henker avanzó unos pasos y, de pronto, el suelo cedió bajo sus pies.

—¡Socorro!

La mujer se había adelantado junto a los árboles de la derecha, tras refugiarse cerca de ellos cuando se inició la lluvia de piedras.

Leo Shyman saltó por el aire, demostrando una gran agilidad y colgándose de una rama de árbol con las manos.

Pasó sus pies, calzados con suaves botas, por el cuerpo de la mujer antes de que ésta se precipitara al interior de aquel suelo que se había abierto bajo su peso.

Los empeines de Shyman pasaron por debajo de las axilas de la chica como si fueran ganchos y la suspendió del aire cuando parte del terreno terminó de hundirse.

En las manos de Sara quedaron las briznas de hierba arrancada que la habían ayudado a sujetarse los breves segundos que había estado al borde de la muerte.

—¡ Es una trampa y creo que hay más ! —gritó el capitán González.

Efectivamente, era una trampa.

Al fondo estaban las ramas de punta afilada, verticales hacia lo alto para que cualquier ser que allí cayera quedara ensartado.

El cuerpo femenino se balanceaba por encima de aquellas burdas lanzas de madera que la aguardaban letales. Abajo, entre las lanzas, había restos de huesos difíciles de distinguir.

Otros habían, caído antes de que ella viera ceder el suelo bajo sus pies.

—Sujétate bien —le dijo Shyman, tuteándola por primera vez.

Cogida por los pies de Leo Shyman, Sara prefirió no mirar abajo y tampoco hacia arriba. Una rama podía resultar traidora y quebrarse en el momento más inoportuno.

Si eso ocurría, los dos morirían irremisiblemente en aquella burda trampa que protegía el camino a las entradas de las cuevas.

Palmo a palmo, Leo Shyman se desplazó con las manos sobre la rama, en busca del tronco del árbol.

A lo lejos, los seres de las cuevas les observaban expectantes, en espera de que cayeran en la trampa.

Sara Henker se agarraba con las manos a la pierna del hombre para que su cuerpo no se deslizara hacia las afiladas puntas que la aguardaban con presagios de muerte y dolor.

El capitán González no podía hacer nada por ayudarles. Se mantenía a la expectativa, pero con la pistola en la mano por si alguno de los cavernícolas lanzaba una piedra o palo que pudiera hacer caer a sus compañeros.

En el transmisor de su cinturón, Leo Shyman escuchó una llamada procedente de la nave.

—¡González!

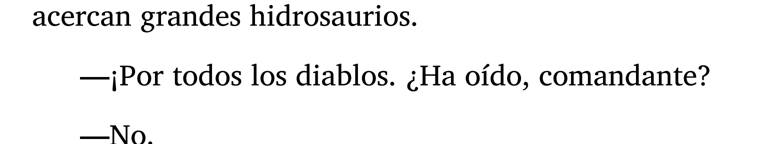
—Sí, comandante.

Leo Shyman no podía actuar con sus manos, las tenía ocupadas.

—Responda a la nave, al cabo Sueiro.

—Atención, atención, aquí el capitán González.

—Cabo Sueiro al habla. Atención, atención, desde la Atrom Z-2C02 nos advierten que por el camino que conduce a las cuevas se



acercan grandes hidrosaurios.

—¡Por todos los diablos. ¿Ha oído, comandante?

—No.

—¡Vienen hidrosaurios, deben ser los enemigos naturales de los cavernícolas!

—¿Hidrosaurios? —repitió Sara, todavía suspendida en el aire.

—Serán cocodrilos, digo yo —gruñó el negro astronauta.

Por el centro del camino apareció un cavernícola joven y atlètico que corría a grandes zancadas. Tras él, algo horrible y monstruoso.

—¡Cocodrilos, comandante, cocodrilos y hay más de cien, quizá doscientos!

El cavernícola, al descubrirles, se asustó un poco. Miró hacia atrás, a aquellos cocodrilos largos y de enormes mandíbulas que se le acercaban con las fauces abiertas y corrían más de lo que cabía suponer.

El cavernícola optó por trepar de un salto a uno de los árboles.

Las fauces de los hidrosaurios trataron de alcanzar los pies del cavernícola que se le balanceaban también en el aire.

El capitán González, viendo venir a su encuentro un numeroso grupo de aquellos enormes reptiles, les disparó con su pistola. No tardó en ver a varios de ellos carbonizándose y a otros, haciéndose materialmente pedazos.

Mas, eran tantos que el propio capitán González optó por brincar a uno de los árboles mientras una avanzadilla de los hidrosaurios llegaba hasta donde se hallaban.

Una docena de ellos fueron directos adonde estaban suspendidos Sara y Leo.

Trataban de alcanzar a la mujer con sus mandíbulas, pero evitaban caer en la trampa. Sin embargo, dos de ellos se arriesgaron tanto para tratar de atrapar las lindas piernas de Sara, que se precipitaron al fondo, quedando ensartados.

Otros retrocedieron y muchos avanzaron hacia las rocas por otros lados. Mas, las trampas, que eran múltiples, fueron cediendo y los cocodrilos caían al fondo de las mismas, retorciéndose de dolor,

gruñendo o dando coletazos en la agonía que precedía a su muerte.

Desde el árbol al que se había encaramado, el capitán González continuó disparando su pistola contra los enormes cocodrilos.

Los cavernícolas quedaron maravillados viendo como los astronautas se deshacían de aquellos grandes reptiles contra los que apenas valían las lanzas manejadas por las simples manos.

Los propios saurios, que no sucumbieron, en un buen número, optaron por retroceder en aquel ataque frustrado que les había costado muy caro.

Leo Shyman descendió a Sara en lugar seguro. Las manos le ardían por el esfuerzo realizado y las muñecas se le habían hinchado.

El capitán González terminó por rematar a la última de las bestias que había quedado frente a ellos, cocodrilos enormes, de cinco a diez metros de longitud.

Miró al fondo de las trampas y vio a los que allí se habían precipitado y que no eran pocos. Algunos quizá tardarían días en morir, ya que no habían sido ensartados en órganos vitales. En cambio, otros habían quedado atravesados por no menos de media docena de aquellas púas letíferas.

—Esto se terminó, comandante.

—Bien, González.

Saltaron al suelo, moviéndose entre los cadáveres de los enormes cocodrilos que habían sobrevivido al posible cataclismo telúrico que había convertido a seres civilizados en cavernícolas.

El hombre de aspecto atlètico que había sido perseguido por los grandes reptiles y que se había salvado con mucha suerte, les miró receloso. Observó luego a los cocodrilos muertos y viendo que a él no le hacían ningún daño, optó por descender del árbol.

Leo Shyman, frotándose las muñecas, se le acercó sonriente al tiempo que le decía:

—Tus hermanos no se han fiado de nosotros. Venimos en son de paz y queremos hablar con vosotros.

El cavernícola gruñó algo, como respondiendo que no entendía nada. El lenguaje de los astronautas resultaba a todas luces demasiado complicado para ellos.

De pronto, al hallarse frente a frente y mientras el cavernícola trataba de entenderles y a la vez se mostraba indeciso, Leo Shyman le asestó un golpe con el canto de su mano, justo en el hígado.

Después, le soltó un puñetazo en la mandíbula, esquinado y cogiéndole por sorpresa.

—Lo siento.

El cavernícola, sorprendido por los golpes, se derrumbó. La técnica de golpear de Leo Shyman era perfecta y le había alcanzado en puntos vitales; podría haberlo matado de ser necesario, mas no era ésa su intención.

—¿Qué hace, comandante?

—Tenemos que llevarlo con nosotros, Sara.

—Yo me encargo de él, comandante —dijo el capitán González, cargándoselo sobre sus fuertes hombros como si se tratara de un fardo.

Inmediatamente, entre los cavernícolas se produjo una reacción de ira tras la sorpresa inicial.

Volvieron a lanzarles piedras y esta vez, Leo Shyman, cubriendo la retirada, efectuó varios disparos, pero no con el deseo de matar sino simplemente de asustarlos. Derribó árboles, hizo estallar rocas.

—Hay que correr por la selva hasta encontrar la nave.

—Comandante, comandante, ¿necesitan ayuda? —preguntó a través del transmisor el cabo Sueiro.

—No.

—¿No nos encontraremos otra vez con cocodrilos? —preguntó Sara muy preocupada mientras corría a través de la selva.

—Hay que estar alerta, esto no es precisamente el paraíso —replicó Leo Shyman que vigilaba hacia atrás mientras el capitán González avanzaba todo lo aprisa que podía, cargado con el cavernícola al que Leo Shyman dejara inconsciente.

Tuvieron la impresión de que eran seguidos a distancia por los cavernícolas, quienes esperaban que de un instante a otro se cansarían y se detendrían.

Querían liberar a su hermano, secuestrado por los extraños que vestían ropas ligeras pero de una milicia astronáutica que ellos

desconocían, con cascos que protegían sus cráneos, no sólo de pedradas sino de cualquier ataque más o menos convencional, cascos con viseras azuladas que filtraban los rayos solares y les daban un aspecto muy diferente al que ofrecían los propios cavernícolas.

Debieron quedar atónitos a la vista del extraño artefacto que debió parecerles un monstruo y que no era otra cosa que la pequeña nave en la que se introdujeron con toda rapidez.

Una vez dentro, el propio Shyman aplicó un inyectable automático al cavernícola, asegurándose de que no iba a despertar en varias horas por lo menos.

Después, los asustados y asombrados hombres de la selva, vieron como la pequeña nave se elevaba en vertical, de tal manera que sólo podía hacerlo un insecto o un colibrí, ni siquiera un pájaro normal.

Cuando se hubo alzado por encima de las copas de los árboles, rugió como el trueno y con proa hacia el firmamento, salió despidiendo un haz luminoso que los cavernícolas pudieron pensar o deducir que era fuego.

CAPITULO VI

El cavernícola yacía sobre la mesa aséptica y articulada de la enfermería.

No tenía la menor sujeción y se hallaba como dormido, sumido en un sueño ligero, mas no había peligro de que tuviera un despertar súbito y se tornara violento.

El doctor Narvoniev tomó la ficha que acababa de proporcionarle la computadora tras el chequeo a fondo del prisionero, no enemigo, aunque Leo Shyman no quería siquiera que se le llamara prisionero si no retenido por dificultades de entendimiento.

—Comandante...

—Adelante, doctor.

El galeno vaciló unos momentos. Volvió a consultar la ficha y movió la cabeza afirmativamente.

—Lo que suponía desde el principio.

—Doctor, no será un alienígena que vive en el planeta que es nuestro, ¿verdad? —preguntó el mayor Faulkner.

—No, ya lo había supuesto, insisto. Sus células son exactas al patrón terrícola y su capacidad craneana, idéntica.

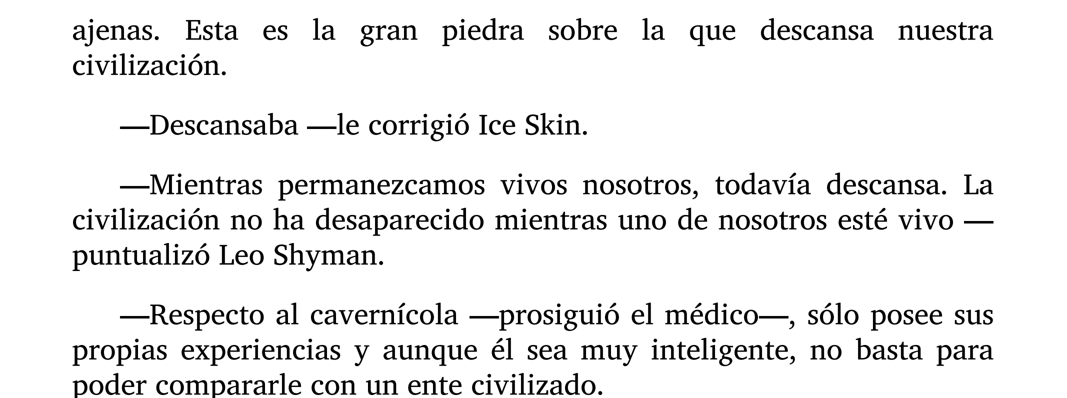
—¿Tiene exactamente el mismo cerebro? —preguntó Ice Skin, que observaba intrigada el rostro de aquel cavernícola barbudo y que respiraba acompasadamente.

—Sí, tiene el mismo cerebro que nosotros.

El comandante inquirió:

—¿Y su capacidad intelectual?

—La misma y creo que en este individuo en particular, es más elevada de lo normal. Su coeficiente de inteligencia ha de ser alto forzosamente. Nuestra ventaja sobre él radica en que nuestros cerebros son verdaderos almacenes de cultura; tenemos la mente más llena de datos y sentencias que de experiencias propias. Podemos eludir un tropiezo y salir a la perfección de un problema difícil porque a través de nuestros estudios hemos acumulado las experiencias



ajenas. Esta es la gran piedra sobre la que descansa nuestra civilización.

—Descansaba —le corrigió Ice Skin.

—Mientras permanezcamos vivos nosotros, todavía descansa. La civilización no ha desaparecido mientras uno de nosotros esté vivo —puntualizó Leo Shyman.

—Respecto al cavernícola —prosiguió el médico—, sólo posee sus propias experiencias y aunque él sea muy inteligente, no basta para poder compararle con un ente civilizado.

—Podría absorber nuestra cultura —le objetó Ice Skin.

—No es fácil. Para él ya es un poco tarde quedar a nuestro nivel, pero si un hijo suyo se formara a nuestro lado, sí sería como cualquiera de nosotros. La civilización, su cultura, no se absorbe sólo en un colegio, sino de forma constante, en todos los momentos del día y de la noche. Pudiera ser que este hombre tuviera latentes en su cerebro determinadas experiencias, heredadas genéticamente, latentes pero dormidas. En este caso, le sería mucho más sencillo integrarse en una civilización avanzada como la nuestra.

—Bien, doctor Narvoniev, ya ha dado su opinión respecto al hombre. Es un terrícola, un hermano nuestro, pero ¿cree que lograremos comunicarnos con él?

—Lo dudo, comandante; quizá la teniente Ice Skin pueda darle una respuesta más concreta.

—Para que él lograra entender parte de nuestro lenguaje, con sus matizaciones, habrían de pasar años, si es a eso a lo que se refiere, comandante.

—Años es demasiado tiempo —casi gruñó Leo Shyman.

—Nosotros podremos aprender su lenguaje con relativa facilidad —le observó Faulkner.

—No es suficiente. El quedaría junto a nosotros como un ser de raza inferior y es de nuestra misma raza —replicó Shyman, malhumorado—. No sólo se trata de que nosotros le entendamos a él y que él se someta a nosotros; somos iguales y queremos saber lo que ocurrió en el pasado.

—Eso es difícil averiguarlo a través de él, comandante —opinó el médico, pesimista—. Por lo visto, carecen de documentación gráfica

aún en las formas más primitivas. Sus sagas, en este milenio del que nada sabemos, habrán sido orales y cualquier suceso oral, transmitido de una generación a otra, termina tan adulterado que en nada se parece a lo ocurrido originalmente y eso, suponiendo que con el lenguaje tan pobre que han alcanzado, pudieran contarse sus historias, sus leyendas, sus sagas, en suma.

—Hay una forma, doctor Narvoniev.

—¿Cuál, comandante?

—La R.P.P.

—¿Está usted aludiendo a la reflexión en pantalla de los pensamientos?

—Exactamente.

—Señor, no quisiera tener que recordarle que la R.P.P. fue totalmente prohibida en la convención de...

Leo Shyman le cortó con dureza.

—Lo sé; pero ahora no estamos en una situación normal.

—No se especificó ningún atenuante para llevar a cabo el R.P.P. en un individuo humano y mucho menos, sin su consentimiento.

—Todo ha cambiado, doctor Narvoniev, y ahora soy yo el comandante de la nave, de la única comunidad civilizada terrícola que queda. Me hago responsable de todo.

—Es muy grave lo que pide, aunque sea el comandante.

—Sé que es violar la intimidad de un ser humano. He admitido que es como nosotros, no me he excusado alegando que es un antropoide, un perro para pruebas. Es un hombre inteligente y voy a actuar en contra de lo aprobado, pero es una situación muy difícil. Necesitamos conocer con rapidez todo lo que este hombre sabe y sin crèarle problemas que le hagan más daño. Teniente Skin...

—Sí, comandante.

—¿Cuánto tardaría este hombre en explicarnos sus experiencias, su forma de vivir y los problemas de su comunidad?

—No lo sé, es un cálculo muy difícil.

—Aproximadamente —exigió él.

—Es imposible responder de una forma tajante, pero creo que primero habría que vencer su desconfianza, lo que resultaría muy difícil, y luego pasaríamos a la comprensión de su lenguaje.

—No siga, mucho tiempo. A eso pueden reducirse sus explicaciones, ¿no es cierto? Concrete.

La bella Ice Skin, que le tenía cierta antipatía al mayor Faulkner por su exceso de raciocinio y aparente carencia de sentimientos, pensó que en momentos como aquel, el mayor Shyman resultaba mucho más odioso que su segundo de a bordo.

Se consideraba una mujer fría y todos la consideraban también así, pero aquellas reacciones dominantes le resultaban insoportables. Sin embargo, acató la situación. No iba a ser ella la que iniciara un motín a bordo de la Atrom Z-2002, en unos momentos tan difíciles, cuando más unidos debían de estar para buscar y encontrar su pasado.

Aquel cavernícola era quizá el único eslabón, considerando que los demás cavernícolas eran parecidos a él.

—Sí —admitió la bella mujer de los cabellos rubios.

—Ya lo ha oído, doctor Narvoniev. No he traído a este cavernícola por capricho.

—Creo, doctor, que si el comandante da una orden y se hace responsable de cualquier problema, a usted no le queda otro remedio que obedecer. De todas formas, el comandante es ya responsable de todo en esta nave —le puntualizó el mayor Faulkner.

—De acuerdo. Puedo llevar a cabo un R.P.P., pero quisiera preguntarle cuántos vamos a presenciar la experiencia

—Pocos.

—¿Cuántos son «pocos», comandante?

—Usted, que llevará a cabo la experiencia; el mayor Faulkner, como segundo de a bordo, la teniente Ice Skin como sociologa para poder interpretar lo que resulte incomprensible, ya que los sueños del cavernícola se harán imágenes en la pantalla, y yo mismo.

Sara Henker ensombreció su rostro y sus pupilas verdes se achicaron, pero aún quiso preguntar:

—¿Puedo quedarme yo también como biologa?

—No he nombrado a nadie más —puntualizó Shyman cortante.

Sara frunció el ceño y apretó los labios. Shyman estaba irreconocible; no parecía el mismo que la había salvado de caer en una de aquellas mortíferas trampas con estacas en su fondo, arriesgando su propia vida. Ahora, había tomado una decisión y se mostraba duro y expeditivo.

—Ya lo han oído —concretó el mayor Faulkner.

Todos los que habían sido excluidos del experimento abandonaron la enfermería.

El doctor Narvoniev poseía todo el instrumental psicoelectrónico para recuperar a cualquier hombre que hubiera sufrido un problema psíquico. El conocía la técnica prohibida; le bastaría con efectuar unos cambios de electrodos y potencias y unas conexiones a la pantalla visora y tendría solucionada la cuestión.

La técnica de la reflexión de los pensamientos en pantalla había tratado de suplir al psicoanálisis clásico, mas se había demostrado que el hombre quedaba totalmente desnudo, sin defensa alguna, ante el R.P.P. y en consecuencia, podía ser manipulado, dominado por la persona que conociera sus más íntimos pensamientos y también porque esta técnica podía ser aplicada en contra de la voluntad del supuesto paciente. Por todas estas causas, su uso había sido prohibido terminantemente.

El cavernícola secuestrado no pudo oponer resistencia alguna.

Le fue colocado un casco con los electrodos. Las luces se apagaron y tomaron asiento las cuatro únicas personas que iban a visionar en la pantalla los pensamientos en imágenes del cavernícola.

Su cerebro sería estimulado para que entrara en una fase onírica intensa.

La pantalla se iluminó y todos quedaron expectantes.

Por el bien de la civilización terrícola, en busca del pasado, iban a violar la intimidad psíquica de un hombre que, según había sentenciado el doctor Narvoniev, era como ellos, aunque no estuviera cultivado.

CAPITULO VII

En pantalla apareció la lujuriante jungla amazónica.

Era el ocaso, un día que moría. Las sombras se adueñaban de la selva y los animales iban cambiando sus sonidos.

Una figura grácil y flexible de mujer apareció entre las hojas y miró en derredor con expresión asustada. Era casi una niña, terriblemente hermosa.

De súbito, apareció el hombre. Los dos se miraron y se abrazaron con fuerza. Después, se filtraron entre las hojas y ascendieron por una colina mientras caía la noche.

En lo alto de una suave loma, se detuvieron. La luna semejó sonreírles y pudieron ver el inmenso río bajo sus pies. Se hablaron con cortos y cariñosos gruñidos y silbidos.

La mujer no huía de su compañero, todo lo contrario. El amor era mutuo y correspondido. Se amaron bajo la luna con una intensidad casi salvaje a la par que poética y quedaron acurrucados el uno junto al otro.

Las imágenes saltaban en la pantalla que reflejaban los colores, las dimensiones, los sonidos.

Pudieron ver como llegado un día determinado de la canícula, el pueblo cavernícola emprendió la marcha con su jefe al frente. Iban agrupados, preparados para defenderse de cualquier ataque y así recorrieron un largo camino que debió durar varios días.

Llegaron ante unos grupos rocosos a los que ninguno de los cavernícolas osó acercarse.

Poco a poco, el grupo rocoso fue perfilándose, de tal manera que semejó una gran cabeza humana. Los supuestos ojos eran como la entrada de grutas que parecían despedir hálitos de vida.

Los ojos del protagonista de aquellos pensamientos buscaban ansiosos el cuerpo de la jovencísima mujer que él había amado en la soledad de una colina.

Llegó la noche y los ojos de la gran cabeza pétrea se iluminaron. Lo que parecía la boca desprendía una fosforescencia verdosa.

Los cavernícolas se dispusieron en círculo en una gran explanada en cuyo centro había una piedra de superficie plana.

Cuando el plenilunio apareció en lo alto del firmamento cuajado de estrellas, el jefe de los cavernícolas subió a la piedra plana, sujetando su arma en la diestra, una gruesa rama arrancada de un árbol.

Quedó allí inmóvil, enfrentado a la gigantesca cabeza que semejaba vigilarles a todos, una cabeza que emitió sonidos idénticos a los que proferían los cavernícolas y cabía deducir que les estaba hablando en su peculiar lenguaje.

Los cavernícolas escuchaban inmersos en un profundo y respetuoso silencio.

De los ojos de la gigantesca cabeza pétrea brotaron unos rayos que convergieron en el cuerpo del jefe de los cavernícolas que sufrió las descargas y se convirtió en una llama viva hasta que se consumió delante de todos, convirtiéndose en cenizas.

Nadie profirió un grito ni la más mínima queja. Todos parecían aceptar la muerte de su jefe como un sacrificio obligado a la morada del dios, aquel dios que era una gran cabeza de roca. Vista a distancia, sólo era como un montículo encima de otro.

La singular ceremonia era vivida por todos con gran solemnidad y resignación a la par. Tenían que pagar el tributo que aquel extraño dios les exigía.

—¡Bagúuuuu, Bagúuuuu, Bagúuuuu! —semejó gritar de pronto, de forma ululante, la boca de la enorme cabeza sin piedad.

Todos los cavernícolas miraron hacia un lugar. En realidad, miraron hacia la pantalla y comenzaron a abrir paso al que avanzaba entre ellos y que terminó por subir a la gran piedra donde acababa de ser sacrificado el jefe.

El llamado Bagú debió verse a sí mismo o imaginarse, pues pudieron reconocer en él al propio hombre secuestrado.

La gran cabeza habló más para el pueblo cavernícola que aguardaba bajo el plenilunio. La ceremonia debió de ser larga, aunque en imágenes, en la mente del hombre sometido al R.P.P., fue corta.

Salió el sol y Bagú, con gesto resignado, se puso al frente de su pueblo, regresando a las cuevas. Había muerto un jefe; se les había designado un nuevo jefe y éste era el que respondía al nombre de

Bagú.

Salieron escenas de la caverna.

Bagú parecía ser obedecido. Le llevaban comida para que él pudiera tomarla, mas las mujeres semejaban rehuirle. Era como si en su puesto de jefe se le hubiera prohibido todo contacto sexual.

La mirada de Bagú buscaba constantemente a la jovencísima cavernícola y llegó una noche que, entre las sombras, volvieron a encontrarse.

Bagú, a juzgar por el nerviosismo y la inquietud de ambos, transgredió las normas impuestas y llevó a la muchacha a vivir a las alturas de unos árboles donde construyó una plataforma.

Pasó el tiempo y el vientre de la joven fue abultándose, era obvio que su amor daba un fruto.

Las imágenes se cortaban, volvían atrás e iban hacia delante, entremezclándose, insistiendo en dos fundamentales y reiterativas: La muerte del anterior jefe, fulminado por aquella especie de ojo de la montaña, y el amor consumándose de la joven pareja.

Pudieron ver cuáles eran las grandes preocupaciones del cavernícola.

De súbito, aparecieron los gigantescos cocodrilos, moviéndose en manada. La mujer preñada estuvo a punto de ser alcanzada. Bagú logró izarla a un árbol y aplastar la cabeza de uno de los reptiles contra una roca. Después, corrió sin subirse a los árboles para que los cocodrilos le siguieran a él, convirtiéndose en cebo para que se olvidaran de su mujer.

Siguió corriendo hasta que, de pronto, aparecieron las imágenes de Sara Henker, el capitán González y el propio Leo Shyman que sostenía a Sara en situación peligrosa.

En pantalla se pudo ver lo que el cavernícola, a su vez, había visto.

El arma del capitán González entró en funcionamiento y resultaba tan efectiva casi como los ojos de la cabeza de la montaña a la que se sometían.

Tras salvar a la teniente Henker, quedó en pantalla el rostro de Leo Shyman. Después, la imagen se cortó y la pantalla quedó oscurecida.

Leo Shyman, el capitán González y la propia Ice Skin miraron

interrogantes al doctor Narvoniev, que hizo girar un dial y volvieron a reproducirse imágenes que incidían, en escenas reiterativas y al parecer fundamentales para el cavernícola: El amor de su hembra y la muerte en la piedra, el sacrificio del jefe de la tribu.

—Corte —pidió Leo Shyman.

La pantalla se apagó, iluminándose la estancia.

El doctor Narvoniev, sin decir nada, fue hacia el cavernícola que aparecía sudado y fatigado. Su respiración era alterada. Le quitó el casco de los electrodos y luego le auscultó el corazón. Regresó a su asiento diciendo:

—Ya sabemos lo que preocupa a este hombre.

—¿Ha sido grabado todo en cinta? —inquirió Leo Shyman.

—Sí.

—Bien, doctor, ahora exponga su opinión.

—Mi opinión es que se trata de un hombre atormentado.

Ice Skin, al ver que el doctor Narvoniev vacilaba, añadió:

—Esta tribu, porque no es una horda, parece vivir pacíficamente, sometida a lo que ellos consideran un ser superior y al que temen evidentemente. Ese «ser destruye de forma cíclica al jefe de la tribu, demostrándoles así su poder y que él está por encima. Tras aniquilar al jefe, nombra a otro llamándole por su nombre, por lo que hay que deducir que los conoce bien. El recién nombrado es aceptado de inmediato por el resto de la tribu como el nuevo jefe, pero el elegido ya sabe que le serán prohibidos todos los contactos con mujeres, yo estimo que en función de que no pueda procrear y no para privarle del amor sexual en sí. Por eso este Bagú, de forma clandestina, ha seguido amando a la que considera su mujer y la ha sacado de la zona de las cavernas en que habitan. Hasta es posible que, de ser descubierto, sus propios súbditos se volvieran contra él o quizá la matarían a ella como si hubiera cometido una especie de adulterio, pues como habrán podido observar, para este pueblo es más importante esa enigmática cabeza de la montaña que su propio jefe, el cual trata de supervivir y no quiere someterse a la muerte en el sacrificio cíclico; mas, no sabe cómo escapar a él y se refugia en el amor de su compañera que ahora debe estar esperándole refugiada en algún árbol de la selva, muerta de miedo y esperando dar a luz, un alumbramiento que, debido a las circunstancias, puede adelantársele.

—Doctor Narvoniev, ¿cómo podríamos ayudar a esa muchacha? —inquirió Leo Shyman.

—Mal lo veo si él no comprende y nos dice dónde se encuentra. Lo mismo que su compañero, ella recelará de nosotros y nos temerá, quizá hasta llegue a pensar que formamos parte de la gigantesca cabeza de piedra a la que se someten.

—¿Cuál es su opinión, Faulkner?

—La misma, y veo muy difícil, por no decir imposible, salvar a esa chica. Creo que siendo hija de las cavernas y de la selva sabrá salvarse a sí misma, es ley de naturaleza.

—Yo creo que deberíamos intentar salvarla sin provocarle el pánico —propuso Ice Skin.

—Eso lo decidiremos luego.

—¿Luego, es que no es importante el nacimiento de un nuevo ser?

—Lo es y mucho más en estas circunstancias, pero hay algo mucho más importante.

—¿El qué? —inquirió Ice Skin casi agresiva, olvidándose de que Leo Shyman era su comandante.

—La gran cabeza. ¿Quién es, qué pretenden los que se esconden dentro de ella, por qué esos cambios de jefe?

—Podemos averiguar su ubicación y destruirla —propuso Faulkner—. Tenemos armas más que suficientes para desintegrar no sólo esa montaña, sino todo un continente. La Àstrom Z-2002 es una nueva nave interestelar de combate de gran eficacia, aunque hayamos sido saboteados.

—Sí, podríamos destruir esa extraña cabeza, ese enigmático dios, pero si lo hacemos, destruiremos también la fuente de lo ocurrido. Creo que allí averiguaremos lo sucedido a nuestro planeta, lo que ahora se nos escapa de entre los dedos y que este cavernícola ni siquiera imagina, preocupado como está por la supervivencia de su mujer, de su futuro hijo y de él mismo.

—Entonces, ¿qué piensa hacer con Bagú? —preguntó Ice Skin.

—Tratar de entenderme con él. Quiero que me lleve a esa extraña cabeza de piedra.

—No sería difícil localizarla —objetó el mayor Faulkner.

—Si nosotros nos acercamos con una nave, los que estén dentro de ella, nos descubrirán de inmediato.

—¿Y cómo conseguirá entenderse con él? —inquirió Faulkner.

—La computadora habrá absorbido todos sus sonidos; es más, el sensor acústico puede apuntar al área de las cavernas y pronto me dará la clave de sus palabras.

—Una hora bastará para eso —dijo la temente lee Skin.

—Perfecto. Hágase cargo usted misma de este asunto. Quiero su juego de palabras en breve plazo para poder aprenderlas. Usted, doctor, manténgalo dormido hasta que hayamos memorizado su lenguaje y podamos hablar con él y decirle que somos sus amigos, que lo que deseamos es averiguar lo que allí existe y cuál es su significado, la destruiríamos desde la Atrom.

Abandonaron la enfermería.

Leo Shyman ignoraba aún lo difícil que iba a ser llegar a la cabeza maldita que los cavernícolas consideraban como a su dios.

CAPITULO VIII

La Atrom Z-2002 se conmovió. Una especie de rugido atronador recorrió sus galerías, túneles y fosos.

Los que componían su tripulación quedaron expectantes, pero habían sido entrenados minuciosa y exhaustivamente para que no se dejaran arrastrar por el pánico ante una posible catástrofe a bordo de la aeronave.

Casi instantáneamente, las grandes luces rojas distribuidas por toda la nave comenzaron a parpadear al tiempo que sonaba la chicharra, también intermitente y de forma casi histérica.

Los componentes de la Atrom Z-2002 corrieron a sus puestos, lo mismo los que estaban de servicio que quienes gozaban de un período de descanso.

Se ocuparon los puestos claves para controlar la nave y se formó el equipo de reparaciones e inspección.

—¿Qué ha sido, mayor Faulkner? —preguntó Leo Shyman entrando en el puente de mando.

El mayor Faulkner iluminó una de las pantallas que allí había y aparecieron llamaradas azules, amarillas y violáceas al fondo de un corredor. En el suelo yacía un hombre, boca abajo.

—¿Quién es?

—El capitán Borj.

—¿Borj? —gruñó Shyman, desagradablemente sorprendido.

El capitán Borj era el jefe de energía y al aproximarse la lente de la telecámara que controlaba la sección afectada, se pudo ver más cerca.

—Le han disparado por la espalda, comandante, fíjese. Un disparo de infrarrojos a bajo nivel, pero suficiente para darle un impacco de cincuenta mil grados Celsius.

—Sí, ya veo que le han abrasado la espalda. —Tomó el micrófono de mano, abriendo una clavija—. Atención, atención, les habla el comandante Shyman. Atención, que cada cual ocupe su puesto. La sección, de mantenimiento y prevención de accidentes, que se dirija a la bodega de energía con todos los aditamentos y el equipo necesario.

Les pido confianza y fe a todos. Hay algunos desperfectos, pero podrán ser controlados. Cuando todo esté bajo control, yo mismo lo comunicaré a través del sistema megafónico. Suerte y gracias.

—¿De veras cree que se podrá controlar lo sucedido? —preguntó el mayor Faulkner.

—Sí, no es fácil destruir nuestra bomba de energía. —Miró una esfera controladora, cuya aguja descendía para acabar metiéndose en zona roja—. Tenemos pocas fugas todavía. No hay grandes grietas en la nave y podemos establecer sistemas estancos hasta que se hayan hecho todas las reparaciones.

—¿Y si nos quedamos sin energía, comandante?

—Pues, tendremos que abandonar la nave y dirigirnos al planeta Tierra en situación desesperada.

—¿Habrá naves de salvamento en cantidad suficiente para todos?

—No, no las hay, pero se pueden hacer viajes de ida y vuelta si se programa una evacuación adecuada.

—En ese caso, comandante, me permito sugerirle que es mejor que acortemos nuestra distancia del planeta para que si hay evacuación, ésta se pueda realizar en el mínimo plazo posible.

—Sugerencia aceptada, Faulkner. Dejaremos esta órbita forzada y nos colocaremos en una órbita natural. Así ahorraremos energía.

—¿Cuál es la aproximación que desea, comandante?

—Nos colocaremos a mil millas de la superficie terráquea.

—Durante el período nocturno nos podrán ver, comandante —advirtió el mayor Faulkner.

—Es un riesgo que deberemos correr. Ya estamos metidos en problemas y problema por problema, escojamos el menor. Como usted ha dicho, si hay que evacuar la nave, harán falta varios viajes de ida y vuelta a la superficie de la Tierra y cuanto más cerca estemos, mejor.

En pantalla aparecieron los miembros del equipo de sofocación de incendios, con sus trajes antitérmicos y de supervivencia, con oxígeno y provistos de extintores.

Tras ellos, otro equipo con las herramientas necesarias para ir cerrando fugas en las paredes de la nave y restaurar lo que se pudiera

del área de producción de energía. No iba a ser fácil, Leo Shyman se daba cuenta de ello. El peligro era muy grande. Toda la nave corría el riesgo de desintegración en el espacio y si tal hecho ocurría, todos desaparecerían y con ellos se perdería toda posibilidad de que la civilización terrícola recobrara su antiguo empuje y fuerza.

Ya habían visto que había quedado reducida a unas tribus cavernícolas sometidas a un extraño montículo de piedra en forma de gran cabeza y que tenía el poder de matar con el rayo que despedían sus ojos.

—Comandante, ¿se da cuenta de lo que ha ocurrido? —le preguntó en tono bajo el mayor Faulkner.

—Sí, sabotaje.

—Eso parece, un nuevo sabotaje.

—Lo que indica que por lo menos tenemos a un alienígena más a bordo.

—Así es, comandante.

—Por lo visto, lograron subir a bordo más de uno. Cada uno debía tener una misión específica y si uno fallaba, otro intentaría de nuevo el trabajo.

—Ahí viene el capitán González.

El fornido negro, vestido con casco de protección y armado con un poderoso subfusil, se les acercó.

—Comandante, ¿cuáles son sus órdenes respecto a la vigilancia?

—Hay un alienígena más a bordo como mínimo. Es posible que haya más, no lo sé. Esperaba que lo que nos sucedió cuando la cryogenización hubiera sido un hecho aislado, mas por desgracia no es así.

—¿Por qué cree que no destruyeron la nave desde un principio? —preguntó el mayor Faulkner.

—Supongo que les fue completamente imposible. Las puertas de acceso a las bodegas de energía, donde se hallan las pilas metal-mesónicas, estaban bien cerradas y una persona sola no habría podido llegar hasta ellas sin la tarjeta adecuada. En el momento de la cryogenización, tenían un tiempo mínimo para actuar y lo hicieron sacrificando una de sus vidas. Ahora, por lo que se deduce, el nuevo

saboteador ha acompañado al capitán Borj a la zona de energía, vedada a la mayor parte de la tripulación, y traidoramente le ha disparado por la espalda. Después ha saboteado el núcleo energético. Debía estar perfectamente planeado y sólo aguardaban el momento oportuno para hacer el trabajo,

—Todavía no nos han destruido, comandante.

—Es cierto, mayor Faulkner. ¿Cree que con la energía de que disponemos todavía, logrará acercar la Atrom a la órbita de mil millas?

—Creo que sí; no obstante, correremos el riesgo de perder el control y ser atraídos por la gravedad terrestre. En ese caso, nos estrellaríamos contra el planeta.

—Lo dispondremos todo para una rápida y posible evacuación.

—Cuando encuentre al saboteador, lamentará lo que ha hecho —silabeó el capitán González.

—Cuidado, González. Búsquelo, pero lo quiero vivo. ¿Entiende? Vivo. Vaya a ver ahora al doctor Narvoniev y que le dé información. El saboteador es un alienígena y no es exactamente igual a nosotros, por lo que el doctor puede ayudar a identificarle.

—Lo que usted ordene, comandante.

—Es indispensable que lo encuentre. Puede sabotearnos de nuevo si no lo arrestamos. Su misión es destruirnos. No sé por qué, pero me temo que ese saboteador tiene mucho que ver con la cabeza rocosa que somete a los cavernícolas.

—Lo encontraré, comandante, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Que sus palabras se cumplan, capitán. Todos dependemos de que el saboteador o los saboteadores sean descubiertos. Dejo este asunto en sus manos.

—Gracias, comandante.

El capitán González se alejó. En la puerta le aguardaban dos de sus hombres del servicio de vigilancia. Lo mismo Leo Shyman que el mayor Faulkner observaron las esferas de control y la pantalla a través de la cual se podía contemplar el trabajo arriesgado e ímprobo que realizaban los hombres del equipo de incendios y socorro en general para extinguir el fuego y a medida que avanzaban, ir reparando.

—Mayor, esto se pone feo.

—Sí, ya veo, pero se debe luchar todo lo posible, no podemos sucumbir ahora.

—Consiguieron alejarnos del planeta en el momento que les interesó; ahora, volvemos a constituir un peligro para esos seres que no sabemos de dónde son ni qué pretenden; por ello, tratan de destruirnos y estamos corriendo el riesgo de que lo consigan.

—Pero ¿quién será el traidor? —se preguntó el mayor Faulkner, mirando la pantalla donde se veía el fuego en toda su crudeza y como los hombres, con sus equipos, luchaban casi suicidamente contra él para controlarlo y sofocarlo.

—No se trata de un traidor, Faulkner. Sería traidor si fuera uno de nosotros, un terrícola; si es alienígena, no es traidor, sino un saboteador suicida, un kamikaze del espacio.

—¿Kamikaze?

—Sí, mayor. Aniquilar al enemigo aunque sea sucumbiendo en el intento. Una acción destructora sabiendo que en ella va implícita la propia destrucción. Es una misión suicida como la de la teniente Ateneas Pearson. Sabía que iba a morir mientras realizaba el cambio de los *cassettes* tras romper su cápsula de cryogenización cuando el resto de la nave estaba controlado por compartimientos estancos. Sabía que aunque disparase contra las paredes de la nave lograría muy poco, pues el cerebro electrónico haría entrar en funcionamiento todos los sistemas de protección, haciendo los compartimientos estancos más reducidos, lo que conseguiría que las fugas resultaran mínimas. Ahora, han esperado el momento para poder actuar sobre el núcleo energético y lo han hecho sabiendo que si la Atrom se desintegra en el espacio, también morirá el saboteador.

—Pues, esa clase de saboteadores son los más peligrosos. Creí que ya no existían los kamikazes, que era algo del pasado.

—Ya ve que es actual y por lo que podemos comprobar, también practican ese sistema los seres extraterretres. Ahora, mientras se trata de controlar la zona siniestrada, veamos si podemos poner la Atrom en marcha hacia la Tierra.

—¿Piensa notificarlo al resto de la tripulación, comandante?

—Sí. —Tomó de nuevo el micrófono de mano—. Atención, atención, les habla el comandante Shyman… La zona siniestrada está

siendo controlada por el equipo de incendios y siniestros; no obstante, vamos a realizar unas maniobras de acercamiento al planeta por si hubiera necesidad de una pronta evacuación para que toda la tripulación quede a salvo. Si notan vibraciones bruscas, no se alarmen, serán producidas por las maniobras efectuadas con un mínimo de energía, ya que el siniestro se ha producido en el área de las pilas metal-mesónicas. Gracias por la tranquilidad y la sangre fría que están demostrando todos; no esperaba menos de ustedes. Corto.

—¿Adelante, comandante?

—Adelante, Faulkner. Ponga los motores principales en marcha. Veremos si hay suficiente energía para que respondan.

En el puente de mando, todos quedaron en suspenso.

Como un mal presagio, antes de realizar la decisiva maniobra, se pudo ver en pantalla cómo uno de los hombres que luchaban en el siniestro quedaba convertido en una bola blanca de fuego y sucumbía heroicamente en el trabajo de atajar y sofocar el siniestro que un kamikaze espacial había provocado.

CAPITULO IX

El propio Leo Shyman dirigió la maniobra de entrar en la órbita de mil millas en derredor de la Tierra, con el riesgo inminente de ser atraídos hacia la superficie del planeta donde habría de desintegrarse si tal hecho ocurría.

Había desconectado el cerebro electrónico dejando al margen el sistema automático y sólo atendía a la computadora para que le fuera proporcionando los datos necesarios.

Los motores fallaban intermitentemente. El setenta por ciento del núcleo energético metal-mesónico había quedado destruido y la energía escapaba a chorros con llamaradas iridiscentes y también intermitentes por debajo de la nave herida en su área vital, quizá ya herida de muerte por aquel sabotaje inesperado.

Pulsando botones, sin fijarse en que los rostros de sus ayudantes en el puente sudaban copiosamente y no sólo porque la temperatura dentro de la nave había ascendido de forma alarmante, sino por la tensión que estaban soportando, Leo Shyman fue activando y desactivando los motores.

Empleando los motores laterales, consiguió que la nave girara en el momento preciso y no siguiera avanzando hacia su destrucción total.

Los miembros de la Atrom, que se daban cuenta de lo que ocurría en aquellos decisivos instantes, no pronunciaban una sola palabra. En las pantallas viso- ras se veía la Tierra perfectamente, con sus continentes, sus mares, sus océanos, sus nubes cubriendo extensiones y desplazándose de un lugar a otro movidas por el viento.

Era un espectáculo que no por muy visto dejaba de ser fascinante; sin embargo, aquella maravilla que era la madre Tierra les atraía como una maligna sirena con su canto de belleza para engullirlos y destruirlos.

Debían detenerse justo a tiempo y esto, en aquellos momentos sólo se hallaba en las manos y en el cerebro, hábiles unas, experto el otro, del comandante Leo Shyman.

Al final, la nave entró en órbita. Había frenado a tiempo.

Leo Shyman hinchó sus pulmones, llenándolos de aquel aire cálido que había invadido toda la nave, pues el sistema de refrigeración sólo funcionaba a bajo rendimiento, y dio la luz verde. En toda la nave, sus tripulantes suspiraron de alivio. La primera parte del peligro había pasado.

—Atención, atención, tripulantes de Atrom Z-2002, nos hemos colocado en una órbita alrededor de la Tierra, a mil millas, demasiado baja para el volumen y peso de nuestra nave. El planeta Tierra, como todos saben, ejerce atracción sobre nosotros, pero sólo se perderá altura en un plazo largo. No hay peligro inmediato de perder la órbita, pero sí lo hay en el área siniestrada. Toda colaboración será poca para salir adelante. De todos modos, si el siniestro avanza y no hay posibilidad de salvar la nave, habrá tiempo suficiente para que de forma escalonada y por turnos, todos sean trasladados a la Tierra. Gracias por vuestra cooperación, gracias porque puedo confiar en todos y en cada uno de vosotros.

Todos supieron sacar el valor a aquellas palabras dichas con sinceridad y sentimiento. Leo Shyman cerró su conexión y dijo a su segundo:

—Hágase cargo de la nave, no se fíe del control automático. El Psy-Electronic es de toda fiabilidad mientras no sea saboteado pese a todas las garantías de que semejaba dotado.

—Entiendo, comandante, me haré cargo de todo.

—Yo descenderé a la Tierra. Si no regreso, usted asumirá toda la responsabilidad de lo que aquí ocurra. Si la nave falla más de lo que ya está fallando y no ve posibilidades, salve lo que pueda de la memoria cultural y técnica y antes de salvar todo el material, salve a la tripulación.

—Así se hará, comandante.

Se dieron un apretón de manos en vez de un saludo militar. Quizá era aquél el último instante en que quedaban frente a frente físicamente.

Leo Shyman se dirigió a la enfermería. Por el camino se encontró al capitán González y a dos de sus ayudantes.

—¡González !

—Sí, comandante.

—¿Qué ha averiguado sobre el saboteador?

—Lo siento, mi comandante, todavía no hay noticias al respecto, no sé quién puede ser el saboteador. Al capitán Borj no se le vio acompañado con nadie.

—Siga buscando. Establezca medidas de disciplina severas, pero no se equivoque, tampoco cree ningún pánico.

—Descuide, comandante, seguiremos buscando datos. Tenemos que encontrarle.

—Ponga doble vigilancia en el hangar, no sea cosa que al saboteador se le ocurra la forma de destruir nuestra única salida de la Atrom para refugiarnos en la Tierra. Esta nave está condenada a ser destruida. Aún no lo he dicho públicamente, pero por desgracia, está herida de muerte, aunque resistirá el tiempo necesario. No tenemos los repuestos imprescindibles para que sea la misma nave que emprendió este camino en busca de nuestro propio pasado.

Prosiguió su camino con paso rápido hacia la enfermería. En su mente bailaban las palabras que en forma metódica había ido aprendiendo del corto lenguaje de los cavernícolas.

En la enfermería encontró al doctor Narvoniev y a la teniente lee Skin. El cavernícola yacía aún en la camilla; su respiración era normal, acompasada.

—¿Todo dispuesto, doctor?

—Sí, todo dispuesto.

—¿Las visiones que le pedí exactamente?

—Sí, y por el orden que me las pidió.

—Bien. ¿Cuándo despertará?

—Cuando usted lo ordene. Bastará un estímulo cerebral simple y despertará, pero no puedo garantizarle su reacción en esos momentos.

—Para que no recelara de nosotros, tendríamos que demostrarle que somos iguales a él.

—¿Y cómo va a demostrarle eso? La impresión primera que recibirá será de desconcierto y luego, puede que reaccione violentamente —advirtió el doctor Narvoniev.

—Si nos pareciéramos lo máximo a él…

—Perfecto, Ice, perfecto, eso es lo que haremos. Doctor, quítese la

ropa.

—¿Cómo dice, comandante?

El propio Leo Shyman se quitó el casco del uniforme, la guerrera, las botas, y ante el desconcierto de la propia Ice, se quitó los pantalones, quedando en el anatómico e higiénico slip.

—¿Cree que éste es el sistema? —inquirió Ice Skin, tragando saliva.

—Teniente Skin, opino que este es el sistema y pensaba que usted, como sociologa, iba a pensar lo mismo. De todos modos, si no le parece bien, márchese.

—Bien, si cree que este es el sistema —aceptó la joven, quitándose el casco.

—No es preciso quitarse toda la ropa digo yo, pero que no se nos note tan vestidos. El no conoce el vestido, ya lo hemos visto.

—Usted manda, comandante. Nunca había recibido órdenes tan extrañas —aceptó el médico, desnudándose también.

Los dos hombres quedaron en slip y la bella Ice, en panties, muy finas y adaptables a su bella anatomía. En aquella acción no había otro deseo que dar a entender a Bagú que eran hermanos suyos y que no les rechazara de antemano.

—Teniente Skin...

A la bella rubia se le puso un nudo en la garganta ante la interpelación de su superior.

—Usted ha dicho que...

—El pelo, por favor, suéltese el pelo totalmente.

Ice se soltó el cabello hasta que toda la melena rubia cayó sobre sus hombros de piel suave y blanca.

—Ahora usted, doctor Narvoniev, esté atento a cuando yo le pida imágenes. En principio, estimúlele el cerebro para despertarle.

Se acercó al cavernícola y le aplicó un electrodo en el cerebro, sobre la frente. Bagú comenzó a agitarse, inquieto ; luego, el médico observó interrogante a Leo Shyman y éste le dijo:

—No se preocupe, me hago cargo de la situación. Permanezca

atento a la cinta.

—Bagú, hermano Bagú —le interpeló en el lenguaje recién aprendido.

Bagú se incorporó. Miró en derredor, asustándose a la vista de todo aquel mobiliario y paredes que para él resultaba fantástico e incomprensible. Luego, al verles a ellos, se tranquilizó un poco, mas no perdió su recelo.

—Ahora, doctor, primera.

En pantalla apareció la imagen de la chica amada por el cavernícola.

—¡Chaila, Chaila, Chaila! —gritó.

Saltó de la camilla corriendo hacia la pantalla de grandes dimensiones contra la que tropezó sin lograr atravesar su cristal. Comenzó a palpar la pantalla como buscando una fisura y al no hallarla, golpeó con sus puños tratando de romperla para pasar al otro lado y coger a su amada Chaila.

—Bagú, Chaila no aquí, Chaila no aquí... Yo hermano, ella hermana, todos hermanos...

Bagú se volvió hacia ellos pegando su espalda a la pantalla, como protegiendo a la mujer que había sido sacada de su propia mente. Allí estaba Chaila tal como él la veía y la soñaba.

Las venas de sus sienes se hincharon y también las aletas de su nariz, respirando con mucha rapidez, Se congestionaba y su actitud se hizo casi feroz; estaba dispuesto a todo.

—Cuidado, comandante, este hombre está a punto de saltar, se siente acosado.

—Lo sé, doctor. No hable, lo haré yo.

—Bagú —habló Ice, interponiéndose—. Nosotros hermanos, nosotros ayudar, Chaila peligro, nosotros hermanos tuyos...

Bagú se fue tranquilizando poco a poco. Se volvió para mirar a su amada y golpeó de nuevo la pantalla. Ella estaba allí y él no comprendía cómo no podía tocarla.

—Bagú, ella no aquí, ella no aquí —repitió Ice Skin.

Se había aprendido también él lenguaje de los cavernícolas,

imitando mucho mejor sus sonidos que el propio comandante Shyman, que de pronto pareció reparar en la belleza y suavidad de la mujer. La propia Ice notó que él la observaba de una forma distinta.

—¿Dónde, dónde?

—Nosotros ayudar Chaila y tú, Bagú, ayudar Chaila...

Bagú les miró interrogante. Su actitud dejaba de ser hostil. Volvió a encararse con la pantalla, mirando y admirando a su amada. De súbito, se fijó en su vientre y parpadeó. Chaila no mostraba allí su estado, tal como Bagú la había dejado.

—Ahora, doctor, la segunda imagen.

El médico movió una clavija y Chaila se esfumó, apareciendo en su lugar la enorme cabeza de piedra con sus ojos luminosos despidiendo rayos sobre la piedra plana en la que estaba el antecesor de Bagú en el momento de su sacrificio.

Ante aquella imagen muy viva en su mente, pues de su mente había sido extraída, el cavernícola retrocedió unos pasos.

—Bagú, nosotros matar... —Leo Shyman señaló la cabeza hasta acercarse a ella y tocar la pantalla—. Tú ayudarnos.

Bagú semejó perder su miedo y mirando a los tres, asintió.

—¡Bagú luchar, Bagú matar dios, Bagú matar dios!

Todos comprendieron que el valor no faltaba a Bagú y aunque él mismo comprendía que le era imposible luchar contra la gigantesca cabeza que les dominaba, estaba dispuesto a luchar hasta la muerte para combatir al amo que les sometía a su esclavitud.

—Bagú, nosotros hermanos. No daño Bagú, no daño Chaila; matar dios ojos de muerte —le dijo Shyman como pudo.

—Bagú hermano vuestro —admitió el propio cavernícola.

Tornó a acercarse a la pantalla, pero a una indicación de Leo Shyman, el doctor Narvoniev quitó la imagen y la pantalla quedó vacía, mostrando su color gris plateado que dejó a Bagú perplejo.

Leo recogió su casco y se lo puso en la cabeza. Bagú le observó en silencio. Tomó luego el casco del doctor y acercándose a Bagú, intentó colocárselo en la cabeza, mas el cavernícola se echó hacia atrás.

—Le teme al casco —observó Ice tomando el suyo propio y

encasquetándoselo.

Shyman se quitó su propio casco; se golpeó el cráneo con el puño y esbozó un gesto de dolor. Luego se puso el casco y golpeó fuerte, sin dejar de sonreír, demostrándole que protegía su cabeza.

Acercó su mano al cráneo de Bagú y le golpeó. Este aguantó. Después, le puso el casco sin que lo rechazara y volvió a golpear. Bagú sonrió, comprendiendo que con el casco, los golpes en la cabeza no le hacían daño. Entonces, profirió un extraño grito de alegría que la computadora no había descifrado.

—Usted, Ice, que se entiende perfectamente con él, ¿se arriesga a descender con nosotros a la Tierra?

—Naturalmente que sí, comandante.

—Entonces, tome un cinturón de supervivencia.

—¿Y el resto de la ropa?

—Será mejor que la deje aquí. No hemos de quitarle seguridad.

—Lo que usted mande, comandante —aceptó la muchacha un poco azorada.

—No tema, todo es limpio en esta situación —le dijo acercándosele.

—Sí, claro, todo es limpio.

—Yo me cuidaré de traerles cinturones y las armas.

—Traiga un subfusil para mí, doctor.

—¿Y para él?

—Para él, nada. Bagú no está acostumbrado a nuestras armas; no podría comprender su destructivo alcance.

Bagú les miraba tratando de entenderles, pero ya no recelaba de ellos. Era como si con el casco protector puesto se sintiera como ellos. Les había visto destruir a los cocodrilos como jamás nadie de su tribu había hecho.

Aguardaron a que el doctor regresara. Leo Shyman le dijo a Ice:

—Insístele en que debe conducirnos hasta su dios. Que le destruiremos y que él podrá salvar a Chaila. Que nadie más subirá a la

piedra del sacrificio; él no morirá si vencemos a su dios y que seguirá amando a su compañera.

—Sí, sí, ahora se lo digo todo.

Ice Skin, olvidándose de lo cortante y distante que había sido en muchas ocasiones, se mostró convincente y dulce con el cavernícola mientras el médico regresaba con lo que le habían pedido.

Leo Shyman conservaba su propio casco con su identificación para no tener problemas. Se ajustó el cinturón y tomó el poderoso subfusil. Ice se ajustó también su cinturón, del que colgaba una pistola bivalente.

—Doctor, explíquele al mayor Faulkner lo que aquí ha sucedido y que descendemos a la Tierra. El peligro del siniestro de la nave no es a corto plazo. Me gustaría solventar el problema de ese supuesto dios de los cavernícolas antes de tomar decisiones aquí; intuyo que tiene mucho que ver con los sabotajes que hemos sufrido a bordo.

—Descuide, comandante, se lo haré saber al mayor Faulkner tal como ha ocurrido y espero que no pillen un resfriado.

—Con el calor que hace —ironizó Leo Shyman, refiriéndose también al bajo rendimiento de la refrigeración a bordo de la Atrom Z-2002.

—Le deseo suerte.

—La vamos a necesitar. ¿En marcha, Ice? —le dijo llamándola familiarmente por su nombre.

—Sí, comandante.

—Ahora, basta con que me digas Leo.

Shyman miró a Bagú y le indicó con la mano que saliera con ellos. Antes de alejarse, Shyman se encaró con el médico y enarcando las cejas preguntó:

—Doctor, ¿ha hecho ya el chequeo a toda la tripulación? —Sí.

—¿Y no ha encontrado a ninguno con las células que tenía la teniente Ateneas Pearson?

—Pues no, todos somos normales. Bueno, la verdad es que todos no han sufrido el chequeo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que cuando se efectuó el chequeo, usted, el capitán González, la teniente Sara Henker y el cabo Sueiro no estaban.

—¿De modo que faltan cuatro?

—Sí.

—Doctor, haga inmediatamente el chequeo a los que faltan, pero de forma disimulada. ¿Comprendido?

—Sí, comandante.

—Tenga cuidado, cualquiera de ellos podría darle un disgusto. Hay un kamikaze espacial a bordo.

CAPITULO X

La pequeña nave salió del hangar de la Atrom Z-2002 en dirección a la Tierra mientras a bordo de la gran nave interestelar seguían luchando contra el siniestro causado por el sabotaje. Aunque éste se hallaba en un área controlada y no se propagaba a las demás dependencias, toda la nave se resentía por el bajo caudal de energía que recibía.

Todos comprendían que a la larga o a la corta se quedarían sin ella y tendrían que abandonar la nave. También existía el problema de explosiones localizadas que podrían acelerar el proceso de destrucción de la gigantesca Atrom que tanto y tanto había costado construir a una civilización que ya parecía perdida.

El doctor Narvoniev, completamente vestido, acababa de tomar unas muestras de sangre del cabo Sueiro. Tras observarlas al microscopio, dijo:

—Puedes marcharte, ya te daré el resultado.

—Lo que usted diga, doctor, pero creo que estoy en perfecta salud.

—Sí, ya lo sé, pero el chequeo es para todos.

—De acuerdo.

El cabo Sueiro se alejó cuando el capitán González entraba en la enfermería.

—Oiga, doctor, no tengo tiempo ahora para chequeos, ya volveré en otro momento.

—Lo siento, capitán Gonzáles, pero debe usted someterse como los demás al chequeo que ordenó el comandante; sólo le quitaré un par de minutos.

—¿Me ha mandado llamar, doctor? —preguntó la teniente Sara Henker entrando en la estancia.

—Adelante. He de realizarle un rápido chequeo; sólo faltan ustedes dos.

—¿Un chequeo? —preguntó ella.

—Sí, lo ordenó el comandante. Todos han pasado por él, sólo

faltan ustedes dos.

—De acuerdo —aceptó el capitán González, viendo que la situación no tenía remedio.

—Súbanse las mangas, por favor. Les sacaré un poco de sangre de muestra. Luego, va haremos otro chequeo con el multisensor.

Ambos se resignaron a recibir el pinchazo para extraerles una muestra sanguínea. El propio médico, sin ayudantes, les sacó la sangre en dos jeringuillas diferentes.

—¿Qué espera encontrar, doctor? —preguntó el capitán negro.

—Nada importante, simple rutina.

Narvoniev preparó los cristales para observar las muestras al microscopio como primera prueba. Aplicó su ojo al ocular del microscopio y vio las células sanguíneas que tan bien conocía por haberlas visto infinidad de veces.

Suspiró y apartó la primera preparación. Colocó la segunda y quedó perplejo.

Situó mejor la luz y tornó a observar con insistencia. Al apartarse del microscopio, sacudió la cabeza como no dando crédito a lo que había visto. Luego, observó las jeringuillas y se volvió.

—De modo que usted...

—¿Qué dice? —preguntó el capitán González.

—Quietos —ordenó la teniente Sara Henker.

El capitán González quedó desagradablemente sorprendido.

Sara Henker había tomado el subfusil del capitán González, y les apuntaba con él.

—De modo que usted es la alienígena.

—No puedo creerlo —gruñó el capitán González.

—Doctor, ha cometido una estupidez. Sabía que terminaría por descubrirse, pero no esperaba que fuera de una forma tan torpe.

—Sus células son diferentes a las nuestras, no es una terrícola.

—No, no lo soy y no pienso dar explicaciones a nadie.

—De modo que fue salvada de la muerte por el comandante y luego aquí arriba nos sabotea matando por la espalda al capitán Borj —silabeó el negro, poniéndose en pie.

—Cuidado, un paso en falso y mueren los dos. Sé manejar bien las armas y no tengo lo que ustedes llaman sentimientos, aunque haya tenido que disimular a veces.

—¿Qué le parece, doctor? Dos repugnantes mujeres kamikazes; una ya murió y la otra quiere rematar la obra de la primera.

—Morirá también —sentenció el doctor Narvoniev.

—Yo no moriré. Esta nave sí está condenada a la destrucción, no se podrá recuperar.

—¿Cómo logró subir a esta nave?

Sara Henker sonrió fríamente, sin dejar de encañonarles con el subfusil, y los dos terrícolas estaban seguros de que aquella alienígena dispararía sobre ellos sin contemplaciones, como lo había hecho con el capitán Borj, asesinándolo por la espalda.

—La teniente Pearson y la teniente Henker fueron reducidas a cenizas hace más de mil años, doctor. Nosotras ocupamos sus puestos.

—¿Y cómo lo consiguieron. Sus fichas, su anatomía, sus huellas…

—Etcétera, etcétera. Doctor, poseemos la facultad de metamorfosearnos a voluntad y a las formas que más nos convengan. Voy a hacerles una pequeña demostración.

El capitán González, preocupado, inquirió:

—Y en realidad, por curiosidad, ¿es usted varón o hembra?

—¿Tiene importancia eso?

—Pues, la verdad —dijo González vacilante pero intrigado.

—Dígalo, capitán, ¿se ha enamorado de mí?

—La verdad es que es muy hermosa.

De pronto, el rostro de Sara Henker se fue transformando.

Sin perder su boca, ojos y orejas, se convirtió en algo tan horrendo y repugnante para la visión de los dos terrícolas que éstos retrocedieron instintivamente.

Era un rostro grande, ancho, lleno de arrugas, con una boca enorme y dos ojos llenos de pequeñas pupilas iridiscentes. En cada globo ocular no habría menos de medio centenar y configuraban un brillo especial.

Aquella especie de monstruo se rió de ellos al verles casi espantados. Luego, la falsa Sara Henker fue cambiando su rostro hasta convertirse en el de la rubia teniente Ice Skin.

—De modo que lo único que les diferencia es su forma celular...

—Exacto, doctor, la forma celular. Unas células cambiantes a voluntad de nuestro cerebro. Hace mucho tiempo que llegamos al planeta Tierra y les estábamos observando mezclándonos con ustedes, viendo su podredumbre, su estupidez, su egoísmo, su belicosidad.

—¿Belicosidad, y nos están atacando?

—Hemos dejado un planeta limpio y virgen, un planeta que ustedes habían degradado hasta convertirlo en un perfecto basurero.

—¿Y ahora piensa destruirnos? —preguntó el capitán González.

—No les voy a contar mis planes. Ahora, me acompañarán.

—¿Adonde? —preguntó el doctor Narvoniev.

—Caminen hacia donde yo les diga. Una tontería y los dos serán terrícolas muertos. Creo que se habrán dado cuenta de que me importa poco morir. Mi misión se está cumpliendo. Esta nave durará poco en el espacio, está herida de muerte. Es como un pajarraco que cae y acabará desapareciendo.

—¿Quiere decir que su misión destructiva ha sido un éxito? —preguntó el capitán González.

—Sí. Si logro salvarme o no, eso no es demasiado importante. Si he de desaparecer, dispararé contra ustedes y a derecha e izquierda, destruyendo paredes y acelerando la muerte de la Atrom. Puedo morir destruyendo.

—Nos ha sorprendido. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—Saldremos de aquí disimulando. Nadie debe notar que les llevo prisioneros conmigo. Si hacen alguna señal, haré una matanza rápida; de ustedes depende que eso no ocurra.

—¿Nos portaremos bien, doctor? —preguntó el capitán sin dejar

de mostrarse un tanto irónico.

—Qué remedio —respondió el galeno.

—Pues, adelante. ¿Hacia dónde debemos dirigirnos?

—Al hangar.

—Pretende descender a la Tierra, ¿eh?

—Sí, capitán. Usted ha puesto doble guardia en los hangares; usted nos dará vía libre y los tres marcharemos en una nave de aterrizaje. ¿Comprendido?

—Comprendido —asintió el capitán Gonzáles, pensando que lo mejor era dar tiempo a la situación.

Confiaba que aquel ser se descuidara para sorprenderle y atacarle, cosa que no lograría en aquellos instantes en que estaba muy tenso, con el dedo montado sobre el subfusil que le había quitado estúpidamente, mientras el médico escrutaba en el microscopio la forma de sus células sanguíneas.

Salieron de la enfermería.

Los dos hombres caminaron delante de aquel ser que ya no tenía el rostro de Sara Henker, sino el de Ice Skin.

Al introducirse en uno de los ascensores, la alienigena les puso el cañón delante, advirtiéndoles con aquel gesto que cualquier movimiento significaría la muerte.

—No tema, no nos vamos a rebelar. Preferimos viajar a la Tierra ahora que esta nave se está desmontando.

En aquellos momentos, las luces sufrieron una vacilación y también el ascensor; mas luego todo volvió a la normalidad, aunque el calor dentro de la Atrom se hacía cada vez más intenso.

Llegaron al hangar. La doble vigilancia les abrió paso tras dar la consigna adecuada el propio capitán González. No se atrevió a decir nada más; la alienígena estaba muy atenta y podía sorprenderles. El dedo de ella seguía montado sobre el gatillo del arma; parecía acompañarles, cuando en realidad les mantenía prisioneros. Nadie pareció recelar.

—¿Qué nave cogemos? —inquirió el capitán, irónico.

—Aquella que hay delante de la puerta servirá.

El doctor Narvoniev temió que la alienígena destruyera las otras naves, impidiendo así el salvamento de los tripulantes de la Atrom que quedarían atrapados a bordo y morirían sin posibilidad de salvación.

—Aquí el capitán González a puente de mando, aquí el capitán González a puente de mando...

—¿Qué ocurre, capitán? —le respondió la voz del mayor Faulkner, en aquel momento comandante en funciones.

—Voy a salir a hacer un reconocimiento con una nave de aterrizaje.

—¿Es necesario?

—Sí, mayor.

—¿Cuánto tiempo durará su salida?

—No lo sé, procuraremos que sea breve.

—¿Procuraremos, quién va con usted?

—El doctor Narvoniev y la teniente Ice Skin.

—Bien, salgan, tienen vía libre. Prepararemos la des- presurización de la cámara ante-hangar.

—Correcto. Haremos lo que podamos, mayor, haremos lo que podamos.

El mayor Faulkner quedó pensativo. Ordenó que sus sensores escrutasen el lugar donde tomaran tierra el comandante Leo Shyman y sus acompañantes y pudo ver al cavernícola y a la teniente Ice Skin.

—Qué raro, hay dos tenientes Ice Skin...

CAPITULO XI

Leo Shyman tenia las coordenadas de la situación del montículo donde habitaba la colonia de cavernícolas; el lugar aproximado donde Bagú tenía escondida a su mujer y también la ubicación de la cabeza gigante que sometía a los terrícolas.

Quería llevar a cabo su plan de la forma en que lo había pensado, por lo que dirigió la pequeña nave hacia el lugar donde debía de estar Chaila en malas condiciones, si es que en su situación de pre-alumbramiento, no había sido víctima de las alimañas que al parecer abundaban allí, especialmente los gigantescos cocodrilos.

Bagú permanecía callado, mirando sin comprender. Estaba volando como un pájaro, un sueño de los terrícolas que para él se convertía en realidad.

No comprendía cómo aquellos que decían ser sus hermanos y eran iguales a él físicamente, pudieran tener todos aquellos poderes y no quisieran someterle.

Volaron por encima de las copas de los árboles. Hallaron un pequeño claro entre ellos, apenas unos metros cuadrados, y la nave descendió en vertical cuando la tarde moría en aquella zona de la Tierra. Al fin, la pequeña nave se detuvo y Leo Shyman se dirigió a Bagú.

—Buscar Chaila, todos venir aquí, buscar Chaila.

—Sí, sí, buscar Chaila —asintió Bagú, muy interesado.

Salieron de la pequeña nave y miraron en derredor.

Bagú semejó reconocer de inmediato el lugar y así lo observó la teniente Ice Skin, que con la escasísima, casi nula ropa que la cubría, se sentía mucho mejor allí en la selva que dentro de la Atrom, donde todos iban vestidos.

—Espero que los mosquitos no se abatan sobre nosotros —dijo Leo Shyman observando la albura de la piel de Ice.

—¡Chaila, Chaila! —gritó Bagú, filtrándose entre los árboles.

—Sigámosle —dijo Leo Shyman—. Quizá Chaila necesite ayuda.

—Sí, es muy posible —admitió Ice.

Corrieron entre la jungla. Muy pronto, los civilizados terrícolas notaron la falta de sus zapatos.

Bagú escapó de su vista. Saltaba con una velocidad increíble entre la densa vegetación y se colgaba de los árboles pasando de una rama a otra como si fuera un antropoide.

—Creo que nos vamos a destrozar los pies y nunca le daremos alcance —suspiró Ice.

—Sí. Este es su medio, ha nacido aquí y sabe bien cómo moverse, está adaptado. Las botas no nos hubieran ido nada mal.

—¡Uy! —se quejó la muchacha, con un mohín de dolor—. Creo que me he clavado algo en los pies.

—Levanta el pie y veremos.

La sostuvo por un brazo. Ella levantó su pie y él le extrajo una pequeña astilla.

—Espero que no se infecte.

—En la nave hay botiquín de emergencia; cuando regresemos te desinfectaremos y nos daremos una vacuna múltiple para profilaxis.

Las últimas palabras las dijo despacio. Pese a que oscurecía, hacía calor. Ice estaba prácticamente en sus manos. Ella se dio cuenta de que su comandante la miraba con mucha intensidad y le agradó aquella mirada en medio del follaje de la lujuriante selva amazónica.

Secretamente, desde un principio, estaba enamorada de Leo Shyman, aunque en algunos momentos había llegado a odiarlo por su autoritarismo.

—¿Le sucede algo, comandante?

—Creo que quedamos en tutearnos y en que me llamarías Leo.

—Es cierto, Leo.

Se inclinó y buscó la boca femenina. No la llegó a besar, sino que le rozó los labios con los suyos como si fuera una hoja suave resbalando sobre ellos.

—Comandante, ¿estamos de servicio?

—Sí.

—Pues, lo que ha hecho va contra las normas establecidas.

—En ocasiones, un comandante puede saltarse las normas, todo el mando está en sus manos.

La estrechó por la cintura y la besó con fuerza. Ella correspondió a la larga y profunda caricia.

Cuando se separaron lentamente, cuando sus pieles respectivas se oprimían una contra otra, notando sus cuerpos, su calor y hasta su ligero sudor, él dijo:

—No sé lo que me sucede. Es como si esta tierra, esta feracidad que nos rodea, me estuviera drogando o embrujando.

—A mí me pasa lo mismo, Leo. No sé si te obedezco porque me lo impones o porque me gusta. También yo me siento subyugada.

—Tenemos una misión que cumplir. Quizá la muerte nos aceche en forma de alimaña o de esa gigantesca cabeza que despide rayos por sus ojos, rayos de muerte. Ice, somos terrícolas civilizados. Debemos perpetuar nuestra especie y volver a ser dueños del planeta que nos dio la vida y que de una forma muy extraña parece haber pasado al dominio de unos alienígenas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella con voz ronca.

—Me gustas, Ice. Creo que en la Atrom no me hubiera atrevido a decírtelo; allá arriba gravitan demasiados problemas sobre mis espaldas. Aquí también los tengo; la tripulación corre peligro y debemos ayudar a Bagú y a Chaila y averiguar qué se esconde tras esa cabeza gigante que de día semeja un montículo rocoso más; pero hay unos instantes, unos pocos instantes, que tenemos derecho a tomar para nosotros. La Naturaleza nos empuja a ello.

—Leo, ¿qué pretendes? —preguntó Ice apenas sin voz, sintiéndose agradablemente oprimida contra el tórax atlètico del hombre, un tórax cubierto de vello castaño rojizo como el pelo de su cabeza.

—Yo soy el comandante, pero también un hombre.

—Lo sé, eres un hombre y yo una mujer.

—Estamos locos, embrujados por esta situación. Es como si de pronto nos hubiéramos convertido en silvestres, en libres de todas las ataduras. ¿Quieres ser mi mujer, mi hembra, como diría Bagú a Chaila?

—¡ Sí, sí, sí ! —respondió ansiosa, oprimiendo sus mejillas contra el pecho varonil.

—Yo soy el comandante, tengo plenos poderes para casar, de modo que cojámonos de las manos y digamos al unísono...

Separaron un poco sus cuerpos. Unieron sus manos y miraron al cielo como buscando el sol y su nave que orbitaba la Tierra en situación desesperada.

—Te amo, Leo, te amo.

—Yo, Leo Shyman, mayor de la Milicia Astral, comandante en jefe de la nave Atrom Z-2002, amo y tomo por esposa a Ice Skin, en la enfermedad y en la salud, en el bien y en el mal y deseo que nuestro amor dé fruto para que nuestros descendientes habiten y pueblen este planeta viviendo en paz, amándose los unos a los otros.

—Yo, teniente Ice Skin, amo y deseo por esposo al mayor Leo Shyman...

El verde de la hierba se tomó púrpura y el púrpura, verde.

El cielo se oscureció y luego se hizo luminoso. La tierra se tornó blanda y semejó temblar, como agitada por un seísmo.

Las pupilas se dilataron y los pájaros comenzaron a entonar su melodía dei anochecer. Las fieras rugieron entre el follaje y se escuchó como un aleteo de pájaros y agitadas respiraciones.

La Naturaleza arropó con su vegetación aquello que veía y la complacía, porque la vida había de crear vida. La tierra yerma sólo dejaba arena y rocas donde luego nada crecía.

Bagú encontró a Chaila conteniendo sus sufrimientos, medio encaramada a un árbol, sin haber podido alcanzar la plataforma-vivienda que para ella construyera Bagú.

—¡Chaila, Chaila!

—Bagú —musitó ella con escasas fuerzas, feliz por volver a ver a quien ya daba por desaparecido, el hombre al que amaba, el jefe de la tribu cavernícola que la había sacado de las cuevas para vivir aparte con ella una doble vida.

Bagú estrechó contra sí el cuerpo de Chaila, a punto de dar a luz.

Miró hacia lo alto, hacia la plataforma que él había hecho con sus

manos, utilizando ramas y lianas. Tomó a la joven entre sus brazos y saltó a tierra.

Chaila quiso preguntarle algo, pero le pasó una mano por el cuello, cogiéndose a él, y se dejó llevar, ignoraba adonde. Ella no sabía nada respecto a los nuevos terrícolas y creía que Bagú iba a llevarla a las cuevas, donde quizá la lapidarían por haberse atrevido a dejarse amar por el jefe de la tribu, a quien una vez designado, le estaba vedado el amor con mujer alguna, pues ésas eran las imposiciones de su dios a quien se sometían por temor y no por amor, pero contra el cual se hallaban indefensos para luchar.

Bagú era un rebelde y había pensado huir con Chaila a otros territorios. Estaba seguro de que el mundo no terminaba allí donde habitaban.

Caminó por la selva con su mujer en brazos. Llegó hasta un claro donde, sobre la hierba hollada y fresca, yacían Ice y Leo, boca arriba, separados pero cogidos de la mano.

—¡Chaila, Chaila!

Leo e Ice se incorporaron. Se miraron entre sí y luego, se acercaron a la pareja de cavernícolas.

Ice observó a la mujer con atención. En principio, ella les tuvo un poco de miedo, mas al comprobar que Bagú los trataba con confianza, dejó de temerles.

—Esta mujer está a punto de dar a luz —opinó Ice Skin.

—Vamos a la nave; tú te ocuparás de ella.

—Sí, será lo mejor.

Fueron hacia la pequeña nave. Chaila se asustó un poco al penetrar en la pequeña nave, pero como fue Bagú quien la introdujo, se sometió a lo que para ella constituía una trampa.

Leo Shyman elevó la nave por encima de las copas de los árboles y tomó el camino de la gran cabeza de piedra, aunque tenía pensado aterrizar mucho antes y acercarse a pie.

La distancia que a los cavernícolas les costaba días y días recorrer, la hicieron en apenas unos minutos con la nave.

Descendió en vertical en un punto donde la nave quedaba bastante oculta.

—Ice, tú te quedarás aquí con Chaila. Ayúdala si llega el momento difícil.

—Descuida, Leo, haré lo que pueda.

—Ahora tenemos que decírselo a Bagú.

Ice se volvió a Bagú y le dijo:—

—Chaila bien, yo junto Chaila. Bagú junto Leo, matar dios; Bagú junto Leo matar dios ojos rayo.

Bagú vaciló unos momentos. Miró a Chaila, le acarició las mejillas, le pasó las palmas con suavidad por el abultado vientre, como acariciando al hijo allí oculto, y asintió.

—Bagú junto Leo, matar dios. Chaila, junto Leo.

Chaila no dijo nada al verles marchar. Ice se quedó allí y Leo, ya fuera de la nave, le dijo:

—Comunícate con la Atrom y diles como estamos. Si te ocurre algo, comunícate conmigo a través del transmisor.

—Ahora mismo me pondré en contacto con el mayor Faulkner; le diré que avanzas hacia la cabeza del montículo y que vas acompañado de Bagú.

—De acuerdo. Dile que tenga los cañones de gran potencia apuntando hacia la cabeza gigante y que si recibe la orden, dispare sin contemplaciones hasta destruirla.

—¿Y vosotros?

—No temas, procuraremos ponernos a salvo. Estate atenta al transmisor y si doy orden de disparo, que sea efectiva e instantánea. ¿Comprendido?

—Sí, Leo, o comandante.

—Para ti seguiré siendo Leo, ahora más que nunca. Cuando subamos a la Atrom pasaremos nuestra unión a la computadora para que quede constancia oficial.

—Lo que tú digas, Leo.

Ice Skin les vio alejarse. Después, miró el rostro de Chaila.

La jovencísima mujer no gemía en absoluto, pero, de cuando en

cuando, su rostro se contraía. El dolor que debía sentir era evidente.

—Ice —se tocó a sí misma— hermana tuya. Ice hermana Chaila. Bagú quiere hijo —le tocó el vientre—. Hijo Bagú. Chaila fuerte, Bagú fuerte, hijo, fuerte también —fue diciéndole como pudo dentro de aquel lenguaje corto en expresiones.

Chaila asintió. Se había confiado a Ice Skin, puesto que Bagú así había decidido que se hiciera.

Mientras, los dos hombres avanzaban hacia el montículo que constituía la cabeza gigante.

Había caído la noche y todo parecía tranquilo, aunque allí, en derredor de la cabeza, a medida que se acercaban, el silencio se hacía más intenso y opresivo, como si el lugar estuviera maldito, como si los animales no acudieran allí, aterrorizados por algo inconcreto.

Un hálito de muerte circundaba el siniestro montículo que dominaba con sus enormes ojos fosforescentes la jungla amazónica que se extendía bajo sus supuestos pies, unos pies que, de tenerlos, se hundirían en las profundidades de la tierra.

—¡Dios, dios, dios! —exclamó Bagú señalando la cabeza pétrea.

Leo puso su diestra sobre el hombro de Bagú y con aquel gesto, le pidió calma.

CAPITULO XII

Bagú conocía muy bien el lugar y se movía entre las rocas con una agilidad felina.

Debía haber estado allí en multitud de ocasiones, observando, al acecho para descubrir los secretos de aquel dios que exigía su muerte en la piedra plana de los sacrificios donde cíclicamente todos los jefes de tribu morían.

Para Leo Shyman, atacar directamente y de forma frontal aquel montículo en forma de cabeza humana, no habría resultado difícil yendo armado como iba con un subfusil bivalente de infrarrojos y ultrasónico, de alto poder ofensivo; mas, prefería seguir a Bagú, pues estaba seguro de que el cavernícola habría hallado alguna entrada, más o menos oculta, para penetrar en la gigantesca cabeza.

Otra cosa sería que fueran descubiertos o no. Posiblemente, pese a todas las precauciones tomadas, alguien habría captado la aproximación de la pequeña nave de aterrizaje. Si había sido así, les estarían esperando y era obvio suponer que quien se ocultaba allí tenía poderes fuera de lo común.

La noche había caído sobre ellos, mas el plenilunio les ayudó a seguir adelante sin tropezar.

Saltando entre las rocas, rodearon el gran montículo.

Era como si Bagú buscara el lugar que debía corresponder a la oreja derecha de aquella gigantesca cabeza natural, aunque posiblemente las rocas habían sido trabajadas un poco para asemejarlas más a un cráneo. La Naturaleza no había dejado una obra tan perfecta; allí se observaba el poder de la mente y las manos inteligentes de unos seres hasta ahora desconocidos para Leo Shyman.

Llegaron a la supuesta oreja. Una roca la taponaba y Bagú la golpeó con la palma de su mano. Leo entendió que necesitaba ayuda y entre los dos comenzaron a hacer girar la piedra que dejó paso a una abertura.

Era una entrada de caverna y del interior escapaba un aire fresco muy agradable.

Leo comprendió que Bagú, en sus indagaciones, sólo había llegado hasta aquel punto. Jamás había visto el interior del montículo y no

podía evitar un sentimiento de temor.

Había que tener en cuenta que a lo largo de generaciones y desde su nacimiento, Bagú había aprendido a temer el poder de aquella cabeza que les sometía a unas reglas a las que debían amoldarse.

—Bagú, yo entro —le dijo Leo con la cortedad de aquel lenguaje de gruñidos.

Leo Shyman comenzó a internarse en la gruta.

Bagú, tras vacilar, consiguió vencer su temor y le siguió. Leo Shyman encendió una luz que llevaba en el cinturón de supervivencia. Se había olvidado de que sus pies descalzos le dolían y que salvo el cinturón, el subfusil bivalente, el casco y un diminuto slip, iba como un cavernícola más.

Anduvieron por la gruta que resultó larga aunque no peligrosa. Leo temía encontrarse con alguna trampa, mas no fue así. Al parecer, quienes allí se escondían estaban demasiado seguros de inspirar un temor invencible a los cavernícolas.

Fueron a desembocar a una sala enorme, de alta bóveda, en gran parte natural. Su temperatura era fresca, posiblemente controlada artificialmente. La sala, que debía ocultar gran parte del interior de la enorme cabeza, resultaba casi sobrecogedora. Semejaba el interior de una iglesia gótica medieval.

Atrás quedaban dos grandes huecos tapados con unas pantallas luminosas que debían constituir los ojos de la cabeza, aquellos ojos fosforescentes que despedían los rayos que tanto atemorizaban a los cavernícolas. Ahora, en cambio, se hallaban tras los ojos.

La luz de Leo, que no había puesto a la máxima potencia si no al mínimo, no alcanzaba a ver todo lo que allí había o podía haber. De pronto, sonaron tres secas palmadas, unas palmadas que ellos no habían dado.

Se produjo un aleteo de pájaros, unos pájaros negros que ascendieron hacia lo alto de la bóveda que en aquel caso se podía llamar craneana. La luz de Leo Shyman enfocó lo que había en el suelo y se horrorizo.

—¡Capitán González, doctor Narvoniev!

Bagú le observó interrogante. Allí había dos hombres muertos, destrozados por los picotazos de las aves carroñeras que anidaban en el recinto.

Leo Shyman se acercó a los cadáveres y pudo comprobar que habían sido muertos con disparos cortos a baja potencia, con ultrasónicos. No comprendía cómo podían estar en aquel lugar, cuando los había dejado en la Atrom Z-2002.

—¿Hermanos Leo? —preguntó Bagú señalando los cadáveres.

—Sí, hermanos Leo, hermanos Bagú.

De súbito, se escuchó una carcajada que se fue multiplicando, como si encontrara ecos. Parecía brotar de diferentes gargantas.

El interior de la gran sala se fue iluminando con una luz verdosa que no se sabía de dónde procedía. Era como si partículas en suspenso en el aire se iluminaran cada una por sí misma.

En la parte del fondo, que podía corresponder a la nuca de aquel interior que semejaba un cráneo, había un estrado con paneles luminosos de control, una larga mesa y pantallas televisoras.

Sentada en una especie de trono, una mujer le miraba y se reía.

—¡Ice, Ice Skin! —gruñó Leo, sin entender nada.

Al punto observó que no estaba ella sola, que había cuando menos una docena y todas eran la misma.

—¡Ice Skin, cuantas Ice Skin, voy a volverme loco, loco!

Todas aquellas mujeres se reían de él, unas mujeres que controlaban los paneles electrónicos y las pantallas, en una de las cuales podía verse las cavernas de los terrícolas.

Era obvio que desde allí controlaban todo lo que les interesaba del planeta Tierra. ¿Cómo lo conseguían? Leo Shyman lo ignoraba, pero lo cierto era que se habían adueñado de la Tierra y la gobernaban a su antojo, mas lo que no encajaba dentro de ningún razonamiento era que todas fuesen Ice Skin.

Sonó un ligero pitido en su cinturón. Mecánicamente, abrió onda.

—Leo, Leo…

—¿Ice, eres tú?

—Sí, Leo. El mayor Faulkner dice que ha salido una nave de la Atrom en la que han marchado el capitán González, el doctor…

La comunicación se cortó por unas fuertes interferencias. Las

mujeres que tenía delante siguieron riéndose, como demostrándole que tenían el poder y que ellos eran simples juguetes, peleles en sus manos.

Leo cortó la comunicación y avanzó unos pasos hacia el estrado. Gritó acusativo y tajante.

—¡Vosotras no sois Ice Skin, no lo sois! ¡No sé qué métodos usáis para parecer una misma persona que ni siquiera sois, pero creo que no habéis conseguido hipnotizarme jamás!

Una de aquellas Ice Skin que se hallaban junto al trono en la que había sentada otra que parecía dominante, a los ojos de Leo Shyman se transformó en una mujer diferente, una mujer morena, de profundos y hermosos ojos verdes.

—No somos Ice Skin, es cierto.

—Sara, Sara Henker… ¿Eres tú otra visión distorsionada, una visión irreal?

—Soy la Sara Henker que tú conocías, Leo Shyman, la Sara Henker que salvaste de morir en una trampa de cavernícolas.

—Ahora comprendo… Tú eres la kamikaze espacial, la que saboteaste la Atrom para destruirnos.

—Sí, y también la que ha traído aquí el capitán González y al doctor Narvoniev. Ellos me descubrieron y no me quedó otro remedio que traerlos aquí.

—Y los has asesinado.

—En la guerra, matar no es asesinar.

—Tú no eres una terrícola. ¿Quién sois?

La que aparecía como Sara Henker, enmudeció. A continuación habló la que estaba sentada en el trono.

—Somos de la Confederación de Planetas Ulvy, en la órbita de la estrella Glong. Vosotros le dais un simple número, no importa; es de la misma Galaxia que vuestro Sol.

—Habéis venido a invadirnos —acusó Leo.

—Te equivocas —corrigió la que parecía la máxima autoridad de aquella colonia de alienígenas que imponía el poder y el terror entre los humanos, sometidos a una regresión primitiva.

—¿Entonces, qué hacéis aquí? ¿Qué habéis hecho de nuestra civilización, de nuestras ciudades?

—Estamos aquí para controlaros, sois una especie muy belicosa. Hace varios milenios que os venimos observando. Gracias al poder de metamorfosis a voluntad que poseemos, nos hemos mezclado entre vosotros para estudiaros mejor e ir enviando informes a nuestra civilización. Alcanzasteis la era nuclear, la rebasasteis y construisteis la Atrom Z-2002, una nave interestelar de gran potencia. Ya constituíais un peligro potencial y no teórico. Sois belicosos y crueles fuisteis juzgados y sentenciados.

—¿Por quién?

—Por nuestra Confederación, que está mucho más civilizada de lo que estaba la vuestra. Habíais destruido vuestro propio hábitat; habíais llenado este planeta de basura, lo habíais contaminado hasta matarlo. Asesinasteis vuestra propia morada, pero nosotros le hemos devuelto la Naturaleza que vosotros destruisteis.

—¿Nosotros, sois hombres o mujeres?

—Somos ambas cosas, como vosotros, sólo que la forma externa carece de importancia. No tenemos las mismas reglas para reproducirnos que vosotros, eso déjalo al margen, terrícola. Te estoy hablando a ti porque sé que eres el jefe de la última colonia terrícola civilizada, lo mismo que Bagú es el jefe de la tribu cavernícola.

—¿Por qué lo escogisteis a él como jefe?

—Muy sencillo, porque era el más inteligente. Nosotros les observamos, detectamos cuáles son los más inteligentes y los convertimos en jefes.

—¿Para luego asesinarlo y privar a su tribu de un hombre que podría hacerles evolucionar?

—Exactamente, terrícola Leo Shyman, exactamente. Los más inteligentes no deben procrear para que no dejen herencia de su inteligencia. Al mismo tiempo, luego los destruimos.

—De este modo, los habéis mantenido en el primitivismo durante siglos y siglos.

—Correcto, terrícola Leo Shyman, correcto, tú ves claro. Los hemos mantenido durante un milenio largo en su primitivismo, destruyendo siempre a los más inteligentes, sacrificándolos en una ceremonia que hace comprender a todos que nosotros somos los

fuertes. Y así será para siempre,

—¿Y a esto no le llamáis invasión?

—No es una invasión. No cometimos genocidio con vuestra especie, están vivos pese a que se han producido ciertos desequilibrios ecológicos como el exceso de hidrosaurios que sobrevivieron al cataclismo que provocamos para hacer desaparecer vuestra civilización, pero no vuestra especie. No somos genocidas, sólo hemos, prevenido un ataque vuestro hacia nuestra Confederación.

—Y os habéis adelantado destruyéndonos.

—Sólo la civilización, no la especie.

—Es casi lo mismo. Vosotros montáis guardia aquí permanentemente para que el hombre terrestre no consiga evolucionar, pero eso será imposible. Somos una especie abocada a evolucionar irremisiblemente.

—Mientras nosotros controlemos la situación, no habrá evolución. Los terrícolas viviréis siempre en estado cavernícola. Esa es la misión que se nos encomendó y la venimos cumpliendo a lo largo de los siglos.

—Nos acusáis de belicosos y vosotros habéis aniquilado sin piedad a miles de millones de seres humanos.

—Era preciso. Durante mucho tiempo, recolectamos todas las especies de plantas y animales que podían sucumbir en el cataclismo que íbamos a provocar, incluso a varias parejas humanas. Los terrícolas que ahora forman la tribu de Bagú son descendientes de esas parejas, parejas cuyos cerebros fueron manipulados convenientemente para que olvidaran todo lo que sabían.

—Los convertisteis en seres primitivos.

—Era necesario para que no pudieran transmitir cultura ni civilización alguna a sus descendientes. Debían partir de cero y pusimos sus cerebros a cero. Después, entraron en acción los enormes reactores que habían sido colocados en el Polo Norte y en el Polo Sur. El hielo se convirtió en gigantescas columnas de vapor de agua a doscientos grados y ese vapor extrarecalentado cubrió rápidamente toda la Tierra de nubes calientes que comenzaron a provocar tormentas. Después, ya habían llegado aquí naves de combate de nuestra Confederación que dispararon sobre las grandes ciudades terrícolas, arrasándolas. También fueron destruidas todas las colonias

que teníais en la Luna, Marte, Venus y los satélites de Júpiter. Fue un ataque por sorpresa; estaba muy medido y nada pudisteis hacer para defenderos. Luego, el planeta se cubrió totalmente de gases y hubo cataclismos telúricos, secuelas del fulminante ataque que nosotros habíamos provocado. La Tierra fue un caos de tormentas, tempestades, ciclones, terremotos, erupciones volcánicas y maremotos junto con una lluvia constante, pues la temperatura del planeta fue altísima. Esta situación duró cien años; después, todo volvió a la normalidad. Soltamos los especímenes de flora y fauna que habíamos recolectado previamente y la Tierra volvió a ser hermosa como ahora lo es. Muchas especies subacuáticas sobrevivieron a los cataclismos, a ese siglo que los terrícolas calificaríais de infernal. Después, la especie humana comenzó a reproducirse en su estado más primitivo.

—¿Por qué no asesinarnos por completo? —preguntó irónico y sarcàstico Leo Shyman.

—No era esa nuestra misión. La sentencia fue aniquilar vuestra civilización, pero no exterminar la especie. En el respeto que nos debemos una especie a otra.

—No pretenderéis que encima os estemos agradecidos, ¿verdad? ¿Quién os ha concedido el derecho de juzgarnos, sentenciarnos y ejecutar esa maldita sentencia? ¿Quiénes os creéis que sois?

—Una especie que no desea la guerra.

—Pero que hace la guerra. ¡Malditos seáis, os destruiremos !

—Sé que puedes hacer algo de eso, terrícola. Nosotros también te podemos matar a ti y a los tuyos. Sé que desde vuestra nave Atrom apuntan a este centro de control y que pueden reducirnos a cenizas, pero si lo hacen, regresarán nuestras naves de combate e iniciarán un nuevo ataque destructor contra este planeta. Lo mejor para vosotros es que os sometáis. Si queréis sobrevivir, podéis uniros a la tribu de cavernícolas.

—Sí, claro, y primero nos limpiaréis el cerebro para dejarnos a cero. Lo siento, hijas o hijos del infierno, de Ulvy o de donde sea; los terrícolas no nos sometemos a ningún juicio de seres extraños a nosotros.

Tras aquellas palabras, sin vacilar, disparó su subfusil, barriendo toda la plataforma. Con el gran poder ultrasónico, parte del techo se derrumbó sobre los alienígenas.

Todo comenzó a averiarse y brotaron rayos de todas partes que

cruzaban el interior de la bóveda y terminaban escapando por aquellos malditos y gigantescos ojos fosforescentes que barrían la zona arbórea que tenían delante, arrasándola como si la cólera más furibunda brotara por ellos.

—¡Corre, Bagú, corre!

Ambos corrieron hacia la galería que era el oído. Sara Henker también tenía su subfusil y disparó contra ellos, pero no era tan diestra como Leo Shyman, que se le anticipó disparando un rayo infrarrojo contra aquella alienígena que se convirtió en una bola de fuego, adquiriendo su forma original.

Leo Shyman, al verla arder con aquel aspecto tan horrendo, pensó que jamás había visto nada tan espantoso y repugnante en su vida. Pero, no pudo detenerse a observar los detalles, pues la bóveda de la gigantesca cabeza de rocas se desmoronaba, aplastándolo todo.

Bagú y Leo corrieron hasta salir al exterior. Leo Shyman siguió disparando hasta que toda la cabeza de piedra se desmoronó, convirtiéndose en un montón informe de rocas que en nada se parecía a lo que había sido.

Bagú quedó impresionado y atónito por el poder que había demostrado el que se decía su hermano.

La gran cabeza había sido destruida. Jamás habría otro control de alienígenas vigilando que la especie humana se conservara siempre en un estado primitivo para que no constituyera un peligro para otras civilizaciones extrasolares.

Corrieron por la selva hasta, encontrarse de nuevo en la nave. En ella sonaba el llanto de un niño.

—¡Bágú, hijo Bagú! —exclamó Ice mostrando al pequeño mientras la madre yacía como relajada, estirada en un rincón de la nave.

—Gracias, Ice, gracias por ayudarle —dijo Leo.

—No he tenido que ayudar nada, la Naturaleza lo ha hecho todo. ¿Cómo os ha ido? He oído grandes explosiones y he temido por vosotros.

—Luego te explicaré. Ahora tengo que comunicarme con el mayor Faulkner.

Se sentó frente a la radio y llamó:

—El comandante Leo Shyman llama a Atrom Z-2002, comandante Leo Shyman llama a Atrom Z-2002…

—Aquí Atrom Z-2002, mayor Faulkner a la escucha.

Hemos observado la destrucción del montículo, refugio de los alienígenas.

—Sí, ha habido dos bajas, el capitán González y el doctor Narvoniev.

—Ya había comunicado la marcha de los dos junto con una segunda teniente Ice Skin.

—Ha hecho bien en tomar precauciones, mayor Faulkner, luego le daré más explicaciones. Ahora, inicie la evacuación total de la Atrom, habrá tiempo suficiente para ello. Toda la tripulación debe ponerse a salvo gradualmente y por turnos, pero también tiene que salvarse la cultura que llevamos a bordo y el máximo de material, tanto técnico como de defensa. Quizá algún día no muy lejano suframos una invasión de extraños alienígenas y debemos tener nuestro sistema defensivo a punto para que no volvamos a ser sometidos a su poder despótico e inhumano. La evacuación ha de ser total, que en el espacio sólo quede la nave vacía. Hay que salvar todo lo que se pueda, es nuestra civilización.

—Comprendido, comandante. Operación evacuación total en marcha.

Leo se volvió hacia Ice Skin y la atrajo hacia sí, rodeándola por la cintura.

—La civilización terrícola, pese a los kamikazes alienígenas, no ha podido ser destruida ni lo será jamás —dijo.

Se fundieron en un largo y prolongado beso mientras Bagú, sonriente, le acercaba el bebé a Chaila. El niño atrapó con sus labios uno de los pechos de su madre para poder alimentarse.

F I N